

# Elena está...



y otros relatos

Jorge Oscar Rossi

Liter Área Fantástica

Jorge Oscar Rossi

© **Jorge Oscar Rossi, 2021**

**<http://literareafantastica.com.ar/>**

**Ilustración de cubierta: Abel Ballester**

Elena está... y otros relatos

Jorge Oscar Rossi

Elena está...

y otros relatos

Jorge Oscar Rossi

## DEFENSA PROPIA

Según Aníbal, el viejo era una cosa inmunda. Algunos días, cuando lo veía tirado en la cama, con los ojos mirando al techo, parecía un cadáver; tan quieto, tan falto de todo estaba. Pero vivía. El viejo lo demostraba cuando se cagaba o pishaba encima, cuando se caía como un imbécil en cualquier rincón, cuando las tres cuartas partes de la sopa iban a parar a sus pantalones, cuando se baboseaba y cuando se quejaba.

A menudo, Aníbal se preguntaba si un buen hijo podía sentir tantas ganas de matar a su padre como las sentía él. Cada vez que, tras una diarrea incontenida, Aníbal limpiaba la mierda paterna, el deseo de matar a palos a su progenitor le hacía doler las manos.

"Muchacho, ¿Por qué no se busca una buena chica para casarse?. Usted se arruinó la vida.", le había dicho, tiempo atrás, una vecina vieja y chismosa. Y Aníbal, cuando repasaba su historia de solterón treinteañero, hijo único, con padre viudo y enfermo, no podía dejar de darle la razón. Ese montón de huesos y carne arruinada no era su padre. Es verdad que, a veces, tenía su mirada. Es cierto que en ocasiones contaba alguna de sus historias. Pero, definitivamente, no era su padre. Más bien, esa cloqueante bolsa de basura se había apoderado de su verdadero padre, se lo había tragado y sólo le permitía

mostrarse brevemente, a través de una mirada o unas palabras.

La vida de Aníbal transcurría del trabajo a la casa, haciendo escala en la farmacia o algún médico. De lunes a viernes lo ayudaba una sirvienta, pero sábado y domingo le tocaba a él preparar la comida, limpiar la mierda, dar remedios e intentar un dialogo desgastado con ese ser que, se suponía, era de su misma sangre.

Aníbal había notado que su ímpetu asesino aumentaba o disminuía según la intensidad de la diarrea paterna. Podía sobrellevar la artrosis y más o menos soportaba tener que levantar un peso muerto, desparramado en forma inesperada. Se había acostumbrado a las fallas en la memoria. También lograba reprimir casi totalmente las arcadas cuando en las comidas diarias, el viejo enchastraba mesa, piso y ropas.

La diarrea, en cambio, lo superaba.

Sencillamente, él no había nacido para limpiar mierda, eso era todo. Lo hacía sentirse sucio, bajo, indigno y asqueroso y servil y fracasado, y más aún. Lo peor de todo, era esa mirada de perro asustado que ponía el viejo cuando hacía un desastre, o sea, casi siempre. Era la expresión más patética y fracasada que nunca hubiera visto. Su padre jamás había mirado así. Él lo recordaba como un hombre corpulento, siempre erguido y de aspecto seguro. Un tipo autosuficiente, capaz y con autoridad. Cuando era

chico, su papá le parecía invencible e infalible, como Dios.

Ahora Aníbal quería vivir la vida. Soñaba con viajes, mujeres, trabajos interesantes, fiestas, amigos, más viajes y más mujeres. Sentía que era joven, inteligente y con todo al alcance de las manos. Todos los días se lo repetía. Quería volar, pero estaba atado a una piedra, a un lastre, a una carga que le impedía crecer. Ese viejo repugnante era la única razón de su infelicidad.

¿Tenía que esperar a que se muriera para ser libre?, ¿Cuánto más?. Podía vivir años. Años de limpiar mierda.

Aníbal se decidió por el asesinato un domingo de verano. Hacía casi cuarenta grados y era la tercer ocasión en el día que tenía que cambiar al viejo. Esta vez, cuando le estaba sacando el calzoncillo, el asqueroso se volvió a cagar encima y le bañó las manos de inmundicia. Entonces, fue como si algo se abriera dentro de la cabeza de Aníbal. Desde allí, una voz le dijo: "Tenés que matarlo".

Aníbal planeó el crimen mientras se lavaba las manos.

Era algo fácil. Bastaba con llevarlo a la terraza con cualquier pretexto y luego tirarlo por la escalera. Pensarían en un accidente, cosas que le pasan a los viejos. No habría investigación. En cualquier caso, era un riesgo calculado. Si iba preso, bueno, que así fuera. Era preferible a esto.

El viejo no parecía muy entusiasmado en subir los dieciocho escalones para ir a la terraza. Hacía tiempo que no lo intentaba y su interés por las macetas que Aníbal quería que viese era inexistente.

Al final cedió y, gracias al bastón y a la ayuda de su hijo, que ese día estaba más gentil que de costumbre; logró arrastrarse hasta la azotea.

Aníbal lo mandó a ver las plantas mientras él se quedaba mirando, escaleras abajo, preguntándose cuantas veces rebotaría el cuerpo paterno antes de dar contra el suelo. ¿Sería una altura suficiente?. Es cierto que se trataba de una ruina humana, pero...

Aníbal se puso en cuclillas, con los ojos fijos en la ruta de caída, como si así pudiera calcular mejor.

Estaba muy concentrado, cuando el golpe lo envió rodando a la planta baja.

No tuvo tiempo de sorprenderse, porque se le rompió la nuca por el bastonazo y menos aún supo que había terminado su recorrido tirado boca arriba y tan despatarrado que daba risa.

El Viejo empezó a bajar muy lentamente, apoyándose con cuidado en el bastón. Por primera vez en mucho tiempo, su mirada no era la de un perro asustado. El cadáver de su hijo no daba miedo. Aníbal no parecía tan loco, en ese estado.

Con satisfacción, el Viejo se permitió pensar que, al fin podría irse a descansar a un geriátrico.



## EL CUARTO CLIENTE

Adriana, la chica levemente dark, era una virgen de 27 años que amaba el sexo duro y se masturbaba habitualmente con un crucifijo de plata heredado de su abuela. Estudiaba primer año de cine y sus dos amigos y compañeros de mesa le parecían tan asexuados como ella a ellos.

A Esteban le gustaba el cine, pero más le interesaba llegar a fin de mes, ahora que se había enterado que su novia estaba embarazada.

El otro varón, de nombre Carlos, consideraba que Adriana era una idiota por desperdiciar un cuerpo como el que tenía. El lo usaría mucho mejor, se decía.

Por ejemplo, dándole placer a un macho lindo como Esteban.

Los tres se fingían interesados en una conversación sobre Roman Polanski, hasta que sintieron los gritos que venían de afuera.

En otra mesa del bar, al lado de los baños, el cuarto cliente pensaba que el incendio había sido un error, su error, y que lo iba a pagar muy caro.

Pese al humo, el gallego dueño y mozo del bar respiró aliviado, dado que los clientes no amenazaban con salir corriendo. Tres de ellos se contentaban con mirar por la ventana y hacían comentarios obvios, del tipo de "¡Que olor a quemado!" o "¡Mirá, ahí vienen los bomberos!". El cuarto se limitaba a mirar su taza de café.

Tres de los cuatro clientes eran más o menos habituales. El gallego dueño y mozo nunca pensó que esa chica tenía un aire levemente dark, porque ignoraba este y muchos otros términos, pero la veía rara, toda vestida de negro y sin maquillaje y con el pelo negro terminado en dos trencitas, siempre con un cigarrillo en la mano derecha.

En cambio, los dos varones que la acompañaban eran más normales: camisas y pantalones con los colores correctos y nada más.

Miraban el incendio a través de los vidrios, como si una pecera fuera, solo que no se sabía quiénes eran los peces. ¿Serían ellos, que estaban dentro del bar y veían como se quemaba el edificio de enfrente, o eran los de afuera, que corrían y gritaban, excitados por estar cerca del fuego?

En todo caso, la de la pecera no era una buena imagen. El fuego y el agua no se llevan bien.

El humo negro y asfixiante se filtraba más y más en el bar, quitándoles la distancia del espectador y haciéndolos parte de la catástrofe, una catástrofe mediocre, sin grandes explosiones, ni llantos, ni muertos a la vista. Una catástrofe meramente barrial, como para relleno del noticiero de las siete de la tarde si no había nada mejor. Definitivamente, una catástrofe modesta, sin muchas expectativas.

Ariel, el sobrino del gallego dueño y mozo, había salido de la cocina por primera vez en el día,

para disfrutar del fuego y la desgracia ajena. El pelo corto pero no rapado y la barbita candado le daban un aire intelectual que chocaba con el delantal de cocinero. Para el gallego dueño y mozo, Ariel también entraba en la categoría de "raro", como la mayoría de la gente.

Para Ariel, el gallego dueño y mozo era Satanás, pero en versión obtusa. Era el Mal sin cerebro, el Mal sin la menor conciencia de si mismo. Era el Mal, pero si le preguntaban que era, el gallego diría: "soy dueño y mozo de un bar".

Antes de eso, no había sido.

Ariel quería matarlo, más que nada para introducir un cambio en su vida. O, quizás, solo para ver si el gallego dueño y mozo era capaz de morir. Claro que si para eso hacía falta entender, entonces no moriría.

Según Ariel, el mundo del gallego dueño y mozo era el bar, era ser dueño del bar y mozo del bar. No había otra cosa. Ariel podía irse, podía buscarse otro trabajo, pero quería matarlo por una cuestión de ecología. En su opinión, no debían existir seres como esos en la Naturaleza.

El hambre de muerte de Ariel casi hizo caer de la silla al cuarto cliente. Era una oleada extraordinariamente salvaje, viniendo de alguien de apariencia tan inofensiva.

En cambio, el gallego dueño y mozo solo radiaba su nada esencial, su vacío absoluto de ideas.

Por su parte, la chica proyectaba la ilusión de ser violada y seguir virgen, en ondas de confusión que chocaban con el mero deseo de sobrevivir de uno de sus compañeros y el anhelo de ser mujer del otro.

El cuarto cliente aspiró esos deseos, se llenó de ellos y los almacenó en algún lugar de su ser.

El cuarto cliente no gozaría con el dolor ajeno.  
Nunca más.

Podía doblegar y poseer a la chica de negro, domarla y penetrarla en el suelo de ese bar de porquería, pero no valdría la pena. El incendio lo había demostrado.

Podría causar dolor, pero el Goce le era negado.

El incendio se apagaba sin mayor dramatismo, casi asombrado por haber convocado tantos bomberos, policías y curiosos, siendo como era una simple hoguera sin vocación de grandeza.

Poder sin placer. Capacidad de causar dolor pero ningún disfrute.

Años, décadas, siglos, evitando la recaída y ahora solo fue "hagamos un incendio, a ver que pasa":

No pasó NADA

Nada

Nada

El fuego fue muriendo junto con su expectativa. El hielo de la insensibilidad con el que lo habían castigado apagó todo calor.

El cuarto cliente no mataría a los otros tres, ni a Ariel, ni al gallego dueño y mozo. Ningún placer sacaría con eso.

Los envidiaba. Envidiaba el ansía homicida de Ariel, la caliente confusión de la chica dark, la obstinada pasión de sobrevivir de uno, el excitado anhelo de feminidad del otro y... no, no envidiaba la nada del gallego dueño y mozo. Su vacío y Su vacío eran iguales, como si Aquel los hubiera castigado a los dos por igual.

"No gozarás de tu poder", le había dicho en esa ocasión, cuando él temblaba, esperando ser reducido a la mortalidad.

"No gozarás de tu poder", y no hubo más palabras.

Llenarse de goce con el dolor ajeno fue su exquisito placer por mucho tiempo, siempre sirviendo a Aquel, que luego lo castigó.

Matar y arrasarse y mutilar era su trabajo, hasta que olvidó que era un trabajo, hasta que dejó de pensar en Aquel a quien servía.

Ese fue su fin.

Aquel era Perfecto en su Bondad y en su Maldad y no admitía olvidos de parte de ninguno de Sus Seres.

Fue condenado a no gozar de su Poder y vagaba por el mundo desde entonces, inmortal, recordando los viejos tiempos y esperando el perdón.

El incendio había sido, hasta el humo se acababa.

La chica levemente dark y los dos muchachos salían del bar.

El cuarto cliente llamó al gallego dueño y mozo, pagó y le dejó una propina desproporcionada con el costo del café apenas bebido.

Estaban hermanados por la Nada común que los ahogaba y eso ameritaba una propina, pensó.

Cuando salía, lo inundó la mezquina satisfacción del gallego dueño y mozo, lleno de infantil placer por las monedas de más.

El cuarto cliente confirmó que estaba solo.

## EL MARAVILLOSO MUNDO DE OBDULIO

Obdulio Reyes era uno de los tipos más anónimos del mundo. Él lo sabía y disfrutaba con ello. Toda su vida había sido medianamente gordo, medianamente alto, medianamente pelado y, por sobre todo, medianamente inteligente o, por lo menos, eso es lo que siempre se ocupó de demostrar.

Se trata de un fulano anteojado de cincuenta y cinco años, oficinista. Nunca se había destacado en nada, ni para bien, ni para mal.

No era el mejor trabajando, bromeando, peleando, amando o mintiendo; pero tampoco era el peor. De haber cometido un crimen, a los posibles testigos les hubiera costado mucho describirlo.

Si existe eso llamado “el hombre medio, mediocre, común o gris” ese era Reyes, pero, seguro que tampoco se hubiera destacado por ello.

Obdulio, se sentía contento por su anonimato.

Estaba convencido de poseer una doble personalidad.

Se veía como una especie de Clark Kent, bajo el cual hay un Superman escondido.

Pero no era su intención pretender luchar contra el mal, ni tampoco tenía fobia a la Kryptonita.

A Reyes le apasionaba lo paranormal: los Ovnis, la parapsicología, el ocultismo, etc. Su idea era que, mientras sus compañeros de oficina, pobres infelices, lo creían un igual, él, en realidad, era un investigador de lo extraño, siempre metido en la solución de intrincados problemas sobrenaturales.

Consideraba que el disfraz de “hombre común” lo protegía.

Pero, en honor a la verdad, lo máximo que Obdulio hizo nunca en materia investigativa, fue pararse unas noches en la azotea de su casa, asistir a conferencias y leer algunos libros.

Jamás vio un Ovni, ni presencié algún fenómeno parapsicológico. Nunca lo persiguió un fantasma. Nunca lo visitó un muerto con la cabeza en la mano, dispuesto a contarle alguna espantosa historia. Drácula, el Hombre Lobo y el Abominable Hombre de las Nieves no habían pasado por su casa. Lo más horroroso que le había ocurrido, fue una citación de la Dirección General Impositiva, que le mandaron por error.

Él pensaba que su carencia de éxito era atribuible a la falta de suerte y que en cualquier momento comenzaría la aventura. Podría tratarse de viajar en plato volador hasta un planeta remoto donde lo recibirían como al Embajador de la Humanidad, o penetrar en un agujero tempoespacial y explorar mundos paralelos de inaudita belleza, o conversar con el cadáver de su tío Pocholo y preguntarle si de verdad fue un cornudo conciente, o cualquier cosa.

Mientras tanto, sus días transcurrían maravillosamente iguales.

Un viernes salió de su trabajo a las cinco de la tarde, como siempre, y se dirigió a la estación Constitución, presa de una profunda excitación. Iba a tomar el colectivo 60. Pero este estado de alteración



emocional no se debía a que Obdulio no supiera viajar en colectivo.

Sucede que se dirigía a Cabildo al 2900, en Belgrano.

En esa época, por allí se encontraba el Centro de Estudios Psicoespaciales (C.E.P.) de Fabio Zerpa, el conocido ovnílogo, parapsicólogo y actor retirado, profesión por la que aún hoy es recordado, con nostalgia, alivio o indignación, según el gusto del consumidor.

Reyes iba de vez en cuando a ese lugar. Esa tarde iban a dar una conferencia sobre “los avistamientos de Ovnis”, con audiovisual y todo y no quería perderselo.

La cosa comenzaba a las siete, y media hora antes ya estaba Reyes por ahí. Era una tarde destemplada de invierno y por momentos caía una leve llovizna.

Obdulio entró en el local del C.E.P., que funcionaba en la galería “Cumbre”, pagó su entrada como un niño bueno y se metió en la pequeña sala de conferencias.

Se sentó, como siempre, en el costado derecho de la quinta fila, al lado de un cuadro que mostraba un extraño paisaje que parecía de aspecto sobrenatural o algo así. Claro que no podría jurarlo por mi mamá, porque no soy un entendido en estos asuntos.

Había poca gente, como de costumbre. A la hora señalada para empezar la función, solo se encontraba ocupada la mitad de la sala.

La concurrencia se caracterizaba por su heterogeneidad.

Por ejemplo, si me acompañan, podemos tomarnos tiernamente de las manos y dar una mirada por el lugar.

Aquí tenemos a esa señora mayor, tipo matrona gorda, que está acompañada por quien probablemente es su hija. Las dos tienen el aspecto que uno se imagina cuando piensa en esas fanáticas de los teleteatros, las revistas sensacionalistas, los horóscopos, los chismes faranduleros y otros excitantes neurocerebrales de baja calidad por el estilo. Se las ve emocionadas.

Al lado tenemos a tres chicos de catorce o quince años. Impactan como típicos ejemplares de científicos en potencia, de esos que, después de frustraciones varias, crueles burlas de sus compañeritos e indiferencia familiar; terminan siendo honestos empleados, buenos ciudadanos, amantes padres, ejemplares esposos y completos idiotas.

Como sea, los muchachos lucen serios y reconcentrados, aunque algo nerviosos.

Parecen convencidos de salir de este antro con la VERDAD UNIVERSAL auestas y eso los tiene algo intranquilos.

Atrás de ellos puede verse a un negro, quizás colombiano. Lo trajo un amigo.

Tiene cara de estar muy confundido.

Tampoco podemos dejar de observar a esa chica como de veinte años que se ve allá, sentada en esa fila vacía. Está vestida exactamente igual que para

ir a una fiesta de casamiento organizada por esas familias de clase media con ambiciones. Se muestra muy seria y algo solemne y desentona magníficamente bien en esta colección de desentonados.

Delante de ella, en la segunda fila, haciendo diagonal con Obdulio, se encuentran dos muchachos de veintipico de años con pinta de estudiantes de derecho o alguna cosa absurda así. Los chicos usan una ropita un tanto formal, que hace juego con sus caras, también muy standard. Nada chillón ni extravagante puede encontrarse en estos seres. Definitivamente, no son dos hippies perdidos en el tiempo. Conversan animadamente entre si y miran para todos lados con poco disimulo. Se nota que vienen por primera vez.

Bueno, lectores, podemos soltarnos las manos, no sea que terminemos encontrando agradable esta intimidad. El paseo ha terminado.

Espero no haberlos desanimado demasiado. Todos los especímenes que hemos visto, fueron mirados más no observados por el querido Obdulio. Él no estaba para esas menudencias. Se encontraba absorto en sus pensamientos y bien sentadito en su silla. Trataba de decidir qué le iba a preguntar al conferencista cuando terminara el audiovisual. Reyes nunca preguntaba nada, pero su carácter irresoluto no le impedía ejecutar este inútil ejercicio mental, por lo cual ni siquiera le servía para ahorrar energías.

Por fin empezó el espectáculo, que no era más que un video de un programa de televisión español sobre ovnis.

Al terminar, un señor barbudo, flaco, un poco pelado y bastante comprensivo, intentó explicar de la manera más científica posible, algunos aspectos del fenómeno OVNI, como decimos los que gustamos repetir frases comunes.

El flaco no logró su objetivo, por supuesto.

Sucede que si alguien se propone explicar en forma medianamente científica un tema como ese, tiene que evitar afirmaciones rotundas y limitarse a la exposición de hipótesis, la mayoría muy complejas.

Pero ocurre que el conferencista tenía ante sí a unos interlocutores, cuyo nivel intelectual puede ejemplificarse con las siguientes expresiones por ellos emitidas en el transcurso del “debate” posterior:

-Yo creo que los extraterrestres quieren comunicarse con nosotros para traernos Amor y Paz.

– (La matrona gorda).

- ¿Podría dilucidarse el misterio de los OVNIS por medio de la conciliación de las teorías cuántica y de la relatividad? – (Uno de los inquietos adolescentes).

- Oye, que no puedo entender eso de la cuarta dimensión, que no me entra en la cabeza eso de la dilatación del tiempo ni nada, que esto es un lío, chico. – (El colombiano)

- Para mí, los extraterrestres y los Angeles son lo mismo. -(La hija de la matrona gorda.)

- El sistema de teletransportación de la serie Viaje a las estrellas, ¿puede funcionar? –(Otro de los inquietos adolescentes)

- Los dioses egipcios...todos los dioses, bah, son una forma simbólica de contar las visitas de los extraterrestres. –(La chica vestida para una fiesta)

- Si el Universo fuera infinito, o sea, sino tuviera fin, ¿cómo podemos saber que es infinito o que todavía no le encontramos el final, si por más que viajemos no se va a terminar nunca?. –(El tercero de los inquietos adolescentes.)

Lo peor era que todos hablaban con absoluta seriedad.

Ante esto, es poco lo que un expositor puede decir de manera coherente. La tentación de la chantada feroz sobrevuela sobre cualquiera que esté frente a semejante auditorio. Cualquier hijo del vecino sufre la incitación de decir alguna bonita gansada que suene como la VERDAD ULTIMA Y ABSOLUTA, cuando su público es una masa mayoritariamente compuesta por ignorantes y crédulos.

Sin embargo, en este caso, el temor a que en la platea hubiera alguien con mínimo sentido crítico o el sentido de la responsabilidad lograron que el orador se quedara en las hipótesis.

Apenas uno los veía salir, se daba cuenta que los más de los presentes estaban lo suficientemente desencantados con el C.E.P. como para nunca más volver. En cambio, se mostraban anhelantes de topar con el primer gurú que les saliera al paso,

informándoles a los gritos que Él era “el elegido por las entidades cósmicas para difundir las enseñanzas de la Hermandad Galáctica”.

No era este el caso de Obdulio. Él indudablemente volvería al Centro. Obdu escuchaba a todos, no decía nada y no tenía nunca una opinión desfavorable sobre ninguna teoría. Todas le eran igualmente verosímiles. El caballero confundía incapacidad de análisis con amplitud de pensamiento.

A la salida, nuestro hombre se cruzó con el conferencista y, tímido cual un niño, le preguntó:

- ¿Vendrá el señor Zerpa el próximo viernes?

- Probablemente. Lo que pasa es que está muy ocupado. – Le respondió el pobre hombre, con un dejo de abatimiento, provocado, sin duda, por no poder ofrecer certeza ni siquiera en eso.

Tras su brillante inquisición, Reyes salió del local y comenzó a bajar la escalera que lo llevaba a la salida de la galería.

Ya en la vereda, se encaminó hacía Avenida Congreso, con la obscena finalidad de recalar en la pizzería de la esquina donde, enfrentado a una chica de muzzarella y un chopp, se dedicaría a reflexionar sobre lo ocurrido en esa apasionante noche.

Fue allí, una vez incómodamente sentado, donde se percató que dos personas que también estuvieron presenciando el audiovisual se encontraban en la mesa vecina.

Se trataba de los dos ejemplares con aspecto de estudiantes de derecho.

A Obdulio le parecía que ellos lo estaban observando con curiosidad.

Esto lo sorprendió.

Jamás, nunca desde que tenía memoria, y seguramente antes tampoco, había despertado la curiosidad de nadie.

“¿Qué querrán estos?”, pensó.

Mejor dicho, ¿querrán algo?. Eso le parecía imposible. Si por lo menos fueran mujeres. Claro, eso ya entraba en lo milagroso. Obdulio era capaz de imaginar muchas cosas, pero no llegaba a ese extremo. Para él, las mujeres siempre fueron un objeto distante, desconocido y poco buscado, salvo para un poco de sexo pago muy de vez en cuando, porque la plata no le sobraba. Más allá de estas ocasionales transacciones comerciales, el trato de Obdulio con el sexo contrario se reducía a escuetos balbuceos monosilábicos por su parte, cuando preguntaba o tenía que contestar algo.

Mientras Obdu rumiaba su sorpresa, con el tenedor y un cacho de pizza metidos en su boca en todo ese largo tiempo, uno de los vecinos de mesa se le acercó y no tuvo mejor idea que sacarlo de su actitud absorta con una pregunta:

-Discúlpeme. Lo vi en el Centro de Estudios Psicoespaciales. ¿Usted va seguido ahí?.

-Sí, a menudo. – Macaneó Obdulio, desconcertado porque, como de costumbre, no esperaba una cosa así.

-Entonces, usted debe ser una persona con cierto conocimiento sobre el tema.

-En realidad...sí, sí. Tengo conocimiento del tema. – El asombro crecía en nuestro héroe.

-Mi compañero y yo no sabemos prácticamente nada, pero nos interesa la cuestión. ¿Podríamos sentarnos con usted y hacerle algunas preguntas?.

-Sí, por supuesto. – Dijo el Inefable, mientras su rostro iba formando una amplia e infantil sonrisa. ¡No podía creerlo!. ¡Iban a consultarlo sobre Ovnis!.

Cuando los dos hombres se sentaron frente a él, adoptó una expresión doctoral y los invitó a que preguntaran.

-Nosotros somos...estudiantes de derecho. – Comenzó el que ya había hablado, al que describiremos sintéticamente como un rubio bigotudo, para distinguirlo del otro ente, que no presentaba pilosidad alguna sobre el labio superior. Y siguió diciendo:

-Usted sabe, los abogados tienen fama de prosaicos, pero a nosotros hace un tiempo que nos empezó a interesar la cuestión. Dígame, señor...

-Reyes. – Dijo Obdulio, mientras pensaba en que ellos no le habían dicho como se llamaban.

-Señor Reyes, dígame, honestamente, ¿por qué piensa que existen inteligencias extraterrestres?.

A Obdulio nunca se le había ocurrido pensar “¿por qué?” existían las inteligencias extraterrestres. Para él, era una cosa obvia. ¡Era tan emocionante que existiesen!. ¿Cómo iban a estar solos, los seres humanos?. Como buen investigador de lo insólito, recordaba algunas teorías, que suponían altas



probabilidades de vida extraterrestre, dada la inmensidad del Universo; pero nunca las había analizado y se sentía incapaz de explicarlas. Por supuesto que las había escuchado cientos de veces, pero nunca se preocupó por ellas. A él no tenían que explicarle o inducirlo a creer en inteligencias extraterrestres. Él siempre creyó en eso. Desde que tenía memoria. Desde que su papá le compraba el Billiken. ¡Que pregunta más tonta!. Además, por si hiciera falta, había muchas pruebas, fotos, películas, huellas y relatos de todo esto. Bastaba con eso y así fue como les dijo a sus expectantes interlocutores.

-De manera, - Soltó el sin-bigote, hablando por primera vez. -que por las pruebas de supuestos avistamientos de Ovnis, usted cree en inteligencias extraterrestres.

-Claro. -Dijo, resueltamente, nuestro esclarecedor ovniólogo.

-Pero, -Atacó el bigotudo. -¿Por qué tienen que ser extraterrestres?.

-Porque no son terrestres. - Contestó Obdu, que nunca escucho hablar de un tal Perogrullo. - Y no son terrestres porque no pertenecen a la Tierra. Y no pertenecen a la Tierra, porque vienen de otros planetas, de otros mundos.

Francamente, casi parecía Einstein.

-Pero, ¿no piensa usted que pueden existir otros seres terrestres inteligentes, que no sean iguales ni vivan en el mismo lugar que los seres humanos?. - dijo el lampiño.

-¿Usted habla de personas que viven en otras dimensiones?. –Preguntó el nuevo Genio de la Humanidad, muy agrandado por su brillante intervención anterior.

-Bueno, si así le quiere decir, dígame así. – Lanzó maese bigotes.

-Yo leí mucho sobre eso, -mintió Obdu. –pero a mí me gusta más la idea de que son extraterrestres que vienen del espacio.

-¿¡Cómo que a usted “le gusta”!?. –le escupieron, a dúo, sus asombrados alumnos.

-Este... quiero decir, - Se atragantó “el profesor”. –que es científicamente mucho más probable la hipótesis de la inteligencia extraterrestres, que la que ustedes dicen. –todo esto lo dijo de un tirón, y ya sudando de terror, porque, por una vez en su vida, ya sabía lo que se venía.

-¿Y por qué?.

Eso era lo que se venía.

Obdulio tragó aire y se largó a hablar:

-Bueno, por multitud de hechos...

A continuación, se metió de lleno en la explicación de un montón de teorías dignas de físicos y astrónomos, porque eran obra de ellos; teorías que él manejaba con la soltura de un asno alcoholizado.

El resultado fue muy triste.

Los alumnos ocasionales cambiaron una mirada de extrañeza cuando Obdulio hubo concluido su luminosa disertación.

-Dígame, señor Reyes, - Arrancó el sin-pelos-bajo-nariz. –si yo le afirmo solemnemente que

nosotros somos seres de otra dimensión, para decirlo de alguna manera, si yo digo, además, que somos entidades cuya principal característica es la polipresencia...

-¿Lo qué?. –Interrumpió Ob, que cuando se taraba por alguna explicación algo compleja se ponía un tanto bestia al hablar.

-A ver si me entiende... cuando le digo que nosotros somos polipresentes, lo que le quiero decir es que nosotros tenemos la posibilidad de estar en muchos lugares a la vez. Cuarenta lugares, dicho en sus números... Pero que estemos en muchos lugares al mismo tiempo no quiere decir que nosotros seamos muchas entidades distintas, sino una sola, pero con muchas manifestaciones físicas, cada una de las cuales puede estar en lugares distintos, haciendo cosas diferentes. O sea, el cuerpo nuestro, el mío, no es solo este que usted está viendo ahora, sino que hay treinta y nueve manifestaciones más. Usted solo está viendo un miembro de mi cuerpo, como si yo estuviera viendo solamente a su brazo derecho...

¿Entendió, Reyes?

-¿Eh?... ah, sí, ¡Por supuesto que entendí! – Contestó el nombrado quien, como de costumbre, no había entendido un pepino, pero creía que sí.

-Y bueno, entonces, ¿qué nos dice?

-Esteee... que no creo que ustedes sean lo que dicen pero que... la hipótesis que me plantean me parece... razonable... eh... que está bien.

-¿Por qué le parece razonable? –Dijo el bigotudo.

-Esteeee... porque puede ser... pueden haber seres como esos.

-Y entonces, ¿por qué no cree que nosotros seamos esos seres?

-Yyyy... porque no... porque ustedes no tienen ninguna diferencia conmigo... son iguales a mí.

Obdulio no les veía nada de sobrenatural, ni impresionante, ni impactante a esos dos. No tenían ojos amarillos, ni pelo naturalmente celeste, ni nueve brazos, ni glúteos naranja fosforescente, ni hablaban en un idioma raro. Él esperaba encontrarse con algo mucho más fantástico que esos dos rubios desabridos que ahora le salían con que eran de otra dimensión y que tenían cuarenta “manifestaciones físicas”. ¡Mirá que bonito!. ¿Así que cada unos de esos salames tenían un cuerpo con cuarenta cuerpos distintos?.

¡Pero, mirá vos, que cosa!

Entonces él les podía contar que los pelos de su culo eran de fibra óptica, como le dijeron en chiste una vez en la oficina. Además, era una vergüenza. Primero le decían que querían aprender y después venían con cargadas.

-...A mí ni me vengan con cuentos... ¿Qué, soy boludo, yo? –Les rezongó con una voz que, en lugar de enojo, sonó como un lamento.

-Está bien, no se enoje. No lo queríamos ofender.

Un rato más tarde, los dos personajes se despidieron de Obdulio.

Este pagó su cuenta y se fue a tomar el colectivo. No estaba enojado. Nunca se enojaba

“denserio”. Pero se sentía molesto. Todavía que no podía hacer un descubrimiento fenomenal, lo venían a querer tomar por pelotudo.

“En fin”, pensó, “seguro que un día de estos, algo va a pasar. Es cuestión de suerte.”.

Y así pensando, subió al colectivo y se fue de ahí y también, afortunadamente, de mi linda vida.

Mientras tanto, en la esquina de Cabildo y Congreso, podemos ver a los dos rubios.

Estaban conversando. El de bigote le decía al otro:

-La verdad, estos que creen en los Ovnis, creen en cualquier cosa...

-Menos en lo que les contamos nosotros...

-Má, si....

Esto es lo poco que pude traducir.

Lo que estaban diciendo esos bichos en los otros treinta y nueve lugares, es otra historia.

Jorge Oscar Rossi

## ELENA ESTÁ...

Echado a cuatro patas, el Sapo estaba lamiendo con evidente placer el agua estancada al lado del cordón de la vereda. Tenían, el agua y el Sapo, un aspecto repugnante y por eso se llevaban tan bien.

¡Ta buena!- gritó.

Cinco Sapos salieron de las sombras y se unieron al primero. Ahora abrevaban apresuradamente mientras el Sapo-catador giraba su cabeza en actitud vigilante.

Vigilando estaba cuando la bala le atravesó el ojo derecho. Los otros no se enteraron porque se encontraban muy ocupados muriéndose.

El Ecopibe del rifle se acercó lentamente. La oscuridad era tal que tuvo que usar el visor infrarrojo del arma para asegurarse que todos los Sapos habían recibido su bala.

Está bien.- susurró a su auricular. Aparecieron dos Ecopibes más, lo cual hacía tres muchachos altos, delgados, limpios y vestidos a la última moda reciclable.

Contrastaban con los seis cadáveres, tan rotos, tan mugrientos y con esa carne fofa y verdosa que los delataba.

Los recién aparecidos traían cada uno un bidón de cinco litros, un aspirador portátil y una encantadora sonrisa. Con rapidez rociaron los cuerpos con un líquido espumoso. En menos de cinco minutos

los Sapos se redujeron a un montón de polvo azulado que fue prontamente aspirado y olvidado.

Cuando Stannio llegó solo vio dos bidones, dos aspiradores, un rifle y tres Ecopibes con expresión satisfecha. Los hubiera puteado pero no pudo, porque tuvo que esquivar el balazo que le dedicaron.

¡No jodas!- le gritó el del rifle.

Por supuesto que no jodió. La única arma que portaban los Guardias Vecinales era una barra de acero cómicamente llamada “bastón de mando” y que, para peor, brillaba en la oscuridad. Stannio también llevaba un antirreglamentario revólver, pero solo para casos de necesidad extrema.

Corrió cincuenta metros hasta llegar a la esquina y desde ahí se permitió espiar.

El trío ya no estaba.

Stannio no era un buen hombre. En Lanús, un tipo gordito que mide un metro sesenta, tiene casi cuarenta años y sufre de pies planos y escasa aptitud para la tecnología, definitivamente no es un buen hombre.

Tres años atrás, el hambre le hizo ofrecerse para un puesto en la Guardia Vecinal. Teóricamente, su tarea consistía en recorrer, de ocho de la noche a ocho de la mañana, una zona comprendida por las avenidas Quindimil, San Martín, Pavón y Perón. Veintiún manzanas para que él, solito y de a pie, les hiciera sentir el rigor de la ley a todas las tribus pendejas.



En la práctica se la pasaba escondiéndose y molestando a los chicos lo menos posible. Tampoco era cuestión de quejarse mucho porque corría el rumor de que el Intendente pensaba disolver la Guardia.

“La gente dice que es muy cara”.

Como todos sus compañeros, Stannio jamás notificaba las matanzas.

A la Municipalidad y a la gente no les gusta enterarse de esas cosas. Si no se dice nada es como que no pasa nada. No hay crímenes. Así que los asesinatos intertribales no se informan, el índice de criminalidad se mantiene bajo y todos más o menos contentos.

Stannio pensaba en eso, mientras se escabullía a uno de sus refugios, cuando lo vio. Estaba tirado en un charco de agua y sangre, justo en la esquina de Bolivia y Portela. No tenía el aspecto de los Sapos, ni el tatuaje de los Ecopibes ni las señales de las otras pendejas.

Lo sacó del charco y al primer manoseo de reconocimiento encontró la tarjeta de identificación.

Stannio parpadeó atontado.

“¿Qué mierda hacía un Vecino en la calle y a la noche?”.

La tarjeta decía que el tipo se llamaba Marco Pérez, que tenía treinta y dos años, que era casado y que su domicilio se encontraba a diez cuadras de ahí. Si la Municipalidad le hubiera dado un lector, Stannio

hubiera podido saber toda la vida de ese hombre, pero tenía que conformarse con la información visual.

“¿Qué mierda hacía un Vecino en la calle y a la noche?”.

“Y ahora...¿Qué carajo hago?”. Aquí no se trataba de unos cuantos Sapos muertos.

Se imaginó la situación:

“-Hola, Stannio, cuarenta y cuatro barra b, a base.

-¿Qué pasa?

- Notifico un homicidio.

-¿Ah sí?, mirá vos, que terrible.

- El muerto es un Vecino.

- ...

- Repito, el muerto es un Vecino.

-...Stannio, sabés como son estas cosas.

Presentate a la base. Considerate suspendido y arrestado.”

Eso siempre y cuando funcione el teléfono.

“Los Vecinos pagan impuestos y trabajan. La Guardia Vecinal existe para protegerlos. Pero los Vecinos presionan al Intendente para que disuelva la Guardia Vecinal porque es inservible y cuesta mucho. Pero la Guardia Vecinal es inservible porque no cuenta con los hombres ni con el equipo suficientes. Pero dotar a la Guardia Vecinal con los hombres y el equipo suficiente cuesta dinero.

El dinero se consigue con los impuestos. Los Vecinos pagan impuestos y trabajan. La Guardia Vecinal existe...”

Era un muerto que daba gusto.

Stannio lo miraba casi con envidia. Apreciaba su aspecto cuidado, elegante y sano a pesar del barro y la sangre. Un muerto lleno de vida, eso parecía: piel bien atendida, pelo rubio, ojos claros, rostro agradable, ropa de calidad...

Lo único que estropeaba el conjunto era la garganta, desgarrada con algo así como un tenedor del tamaño de una mano. Sin embargo, Pérez tenía aspecto de haber sufrido.

Sin saber porqué, Stannio decidió que convenía hacer una visita a la casa del tipo antes de notificar. Si es que notificaba.

El guardia dudó entre dejar ahí el cadáver o llevarlo a uno de sus refugios.

Finalmente, se le ocurrió que si los chicos de alguna pendeja querían hacerle algo al muerto, tal vez fuera mejor. Por eso, Stannio abandonó a Marco Pérez y cada cual siguió con lo suyo.

“...lo siento, señor Stannio...falleció...puede pasar a verla si quiere...Eh...señor”

“Elena está... muerta... muerta... ¡muerta!...”. Ahora estaba solo. Era lo único que podía pensar hasta que fue saliendo del estupor para caer en cuenta que todo había sido por su culpa.

Hay tipos para todo. Hay gente a la cual le gusta la basura. Hay personas que disfrutan oliendo mierda. Hay quienes la comen. Otros encuentran excitante el olor de los gases tóxicos. Incluso, conozco a uno que se masturba mirando una muñeca inflable cubierta de brea.

Para toda esa gente, Lanús es hermosa.

Los Vecinos de Lanús pagan impuestos, lo cual significa que pueden tener viviendas propias y se les permite conectarse a la red empresarial informática para así tener un trabajo con el cual poder pagar los impuestos y sobrevivir.

El sueño de todo Vecino de Lanús es llegar a tener el dinero suficiente para poder irse a vivir a un Bapriv y olvidarse de las tribus pendejas, del miedo, de los demás Vecinos de Lanús y de la existencia de un lugar llamado Lanús, inclusive.

Y, ¿Qué hay de aquellos para quienes Lanús es hermosa?.

Bueno, esos viven en otro lado.

La casa de Pérez era típica: un cubo de acero y hormigón con su correspondiente puerta blindada al frente para sacar el auto de cuando en cuando. El techo sería de vidrio fotoprogramable con protección ultravioleta (mentían los fabricantes) y totalmente irrompible (seguían mintiendo). Era parecida al corral donde Stannio vivía junto con los otros veintinueve Guardias Vecinales, solo que un poco más chica. Esta casa tenía, como mucho, unos cuarenta metros cuadrados, bien cuadrados, de superficie. Estaba

ubicada a mitad de cuadra, entre un baldío y un edificio abandonado.

Stannio acercó su tarjeta al visor. Si lo dejaban entrar sería un milagro. Rezó porque no tuvieran un sistema protector ilegal. Cinco guardias habían muerto el último año por esa causa. “Bueno, son cosas que pasan”, dijeron.

-¿Qué quiere?- La voz había sido programada para tener un tono intimidatorio, pero solo un estúpido puede asustarse con una grabación.

Stannio se asustó.

-Soy el Guardia Vecinal Stannio.- Eso ya lo decía la tarjeta. Hasta el color de sus hemorroides figuraba en la tarjeta.

-¿Qué quiere?

-Quiero entrar.

-¿Para qué?

-Eh...tengo que hablar con algún familiar del señor Marco Pérez.

-¿Para qué?

-Eh...misión oficial...

-Falso. Retírese.

Stannio iba a replicar cuando sonó el pitido de su teléfono. Recién ahí se dio cuenta de su error.

Stannio también había sido un Vecino. Portela 1423, su dirección. Tenía su casa, su trabajo (diseñaba ropa), su P.C.L. y la tenía a Elena, con sus ojos grises, su cabello rojo y esa sonrisa que casi lograba que él creyera en Dios.

Elena era arquitecta, asistente en un equipo que estaba proyectando un nuevo Barrio Privado en Sarandí. “Setenta hectáreas de parque, árboles, huerta comunitaria, servicios, sol, aire limpio y absoluta protección”, diría la publicidad.

Si el proyecto se aprobaba y el Bapriv se construía, los honorarios de Elena serían una casa en ese lugar. Ellos creían poder pagar las cuotas de permanencia. Llevaban ahorrado bastante y el futuro podía ser aún mejor.

Pero a él se le ocurrió pasear.

-¿Pasear denoche? Pero...vos locosos- le dijo Elena.

Se habían estado haciendo todo lo que se hacen los amantes durante una buena parte de la noche y, después de esas ocasiones, a Stannio siempre le entraba una perversa inspiración, como un arrebatado atrevimiento, una imperiosa necesidad de hacer algo osado, algo difícil. Pero sabía contenerse... hasta esa noche.

-Sí. Quiero salir de esta cueva demierda... ¿porno?... me siento bien, con ganas de ver cosas.

-Miremos pantalla.

- No, no quiero pantalla. Quiero andar por ahí con el auto... eeh... ¿Que pasa?, acompañame... ¿eeh?

A Elena todavía le reverberaban los ecos del orgasmo. Tal vez por eso aceptó.

Usaban poco el coche, un Mitsu 15. En los últimos tres años habían salido dos veces de la casa. Una vez para una fiesta personal que daba, en su Bapriv, el jefe de Stannio (el tipo era un excéntrico);

y otra porque el sistema de computación hogareño se había muerto. Sin sistema para trabajar, incomunicados, aislados en el medio de la nada, tuvieron que salir y escapar. Había sido el máximo terror de sus vidas. Imaginarse a los Sapos, tan asquerosos, o a los Degüellos o a los Ratasblancas o a cualquier integrante de una tribu dentro de la casa les daba pánico.

Si el sistema se moría y uno no tenía un coche para salir de ese lugar desprotegido en que se había convertido su hogar, lo mejor era matarse.

Mientras estaba ahí, parado como un tonto, la computadora hogareña se había comunicado con la base, informando la visita y preguntando el motivo para algo tan extraño. En la base le habrían respondido que no sabían nada. El resultado era que ahora no solo le habían negado el acceso a la casa sino que en ese momento lo llamaban de la base para saber qué carajo pasaba.

Stannio desconectó el teléfono y le gritó a la casa:

-¡Déjenme entrar, carajo!.

Así siguió un buen rato y cuando casi no tenía más aliento, le abrieron la puerta. Stannio se sorprendió. Solo quiso desahogarse. Jamás se le ocurrió que le permitirían pasar.

Lo recibió una mujer alta, joven, delgada, pálida y que podría ser bonita si no estuviera tan aterrada. Temblaba de arriba abajo y su cara se retorció desde la frente hasta la barbilla en muecas

espasmódicas. Con un muy desarrollado sentido del humor negro, uno se hubiera reído al verla. Stannio no estaba para esas cosas.

“Esta se tocó con algo o ya es loca de por sí”, pensó el guardia.

-Calmate piba, ¿quepasa?, ¿eeh?... nopasa... ¿eeeh?. -A Stannio, cuando hablaba con alguien en persona, le gustaba hacerlo en criollo, especialmente si se trataba de mujeres.

La chica se fue calmando de a poco, pero todavía temblaba cuando preguntó:

-¿Dondetá Marco?

-¿Cuál?

-Marco, mi macho.

-¿Quelepasaa tu macho?

-¡Vosabes!

-Tranquila, nopasa...

-¡Vosabes!, poreso estasacá... ¿lo mataron?, ¿eeeh?, ¡Contestá!... ¡Contestá guacho puto!...

La mujer siguió subiendo el tono de la voz y de las puteadas hasta que Stannio estalló:

-¡Sí!, ¡Lo mataron putademierda!... ¡¿y qué?!... ¡YO LO MATÉ!

El guardia no llegó a asombrarse de lo que había dicho, porque la chica se le tiró encima.

Pelearon como dos locos, sin plan, sin orden y sin ideas. Ella era fuerte y estaba enfurecida, hecha una fiera que golpeaba, arañaba y pateaba. Stannio al principio solo atinó a defenderse, pero después empezó a dar.



Con la primera trompada, se dio cuenta que había mentido para poder pelear.

Cuando la derribó y se montó sobre su estómago y le retorció las tetas hasta casi arrancárselas y la sintió aullar de dolor, comprendió que hacía tiempo que deseaba hacer algo así.

Al sexto cachetazo se acordó de Elena.

La penetración y la sangre hicieron que se sintiera un hombre.

El orgasmo le dictó el camino.

El motor eléctrico apenas zumbaba.

A ciento setenta kilómetros por hora, uno puede llegar a sentirse el mismísimo Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, adicionado con el buen viejo Satanás y condimentado con toda la venerable mierda teológica.

“Nada existe cuando se vuela por la Avenida Pavón”, era la cantinela mental de Stannio. Elena, a su lado, se sentía igual o mejor todavía. O peor, según se vea.

El biosint que se habían dado en la yugular era caro pero valía la pena. Se llamaba “Glamour Savage” y producía varios efectos: daba coraje, decisión y hacía que la conciencia del propio cuerpo aumentara notablemente. Uno “sentía” sus brazos, sus piernas, su torso y percibía toda su potencia, toda su carne y su sangre; toda su animalidad. Los sentidos se volvían más poderosos: el pelo de Elena parecía más rojo, el vello en los brazos de Stannio se veía más

abundante y el olor de sus entrepiernas les llegaba por violentas oleadas, casi como azotes.

Era la última sofisticación en biosintéticos. No causaba adicción, no producía efectos desagradables no dejaba resaca al terminar.

Stannio gritaba:

- ¡Telaclararía ahora mismo!

- ¿Yyyy...?, ¿Noteatres?

Todavía quedaba un resto de cordura:

- ...tendría que soltar el volante...

- ¡¿Yyyy...?!.

Era demasiado argumento para un hombre “Savage”. Stannio se abalanzó sobre su mujer y solo recordó que había estado manejando un auto lanzado a toda velocidad cuando se despertó después del desastre.

No se debe salir de la casa con el “Glamour Savage” puesto.

Juanita tenía pechos suaves y blancos, con pezones rosados.

Stannio mordía, chupaba y acariciaba.

Mientras tanto, los ojos de Juanita permanecían abiertos y vidriosos. De su boca entreabierta salían los pocos gemidos que podían colarse a través de la sangre.

Los labios estaban menos rotos que su voluntad.

Hacía tiempo que había dejado de tener miedo. Fue más o menos a la altura de la décima trompada. Ya no se acordaba de Marco, ni de la

discusión que habían tenido con Marco, ni del miedo que había sentido desde que Marco salió de la casa a caminar, ni del horror a quedarse sola si algo le ocurría a Marco.

Stannio mordía, chupaba y acariciaba.

Juanita tenía pechos suaves y blancos, con pezones rosados.

-Jooojoojo.

Stannio se arrastró fuera del auto y solo al salir se dio cuenta que también había estado llevando a Elena.

-Jooojoojo.

Miró en dirección a las voces pero no distinguió nada. Se pasó una mano por la cara y notó que sangraba por la nariz, la frente y la boca. Se volvió hacia Elena. No parecía muy lastimada pero estaba inconsciente.

Los Sapos empezaron a mostrarse.

-Jooojoojo- le dijo el que iba adelante. Después sacó la lengua y guiñó un ojo. Era gordo, fofo y verdoso como todos esos infelices que lo acompañaban.

Sintiéndose comunicativo, continuó:

-¿Noss dasel... eh... auto?... notevamosacer nada.

Stannio observó el coche. Había derrumbado una pared y estaban en un baldío. Si hubieran usado el cinturón no habría pasado nada. Si hubiera conectado el piloto no hubiera pasado nada. Por

último, si no hubiera sido tan imbécil como para salir del auto, los Sapos no podrían hacerle nada.

El coche estaba intacto. Una pared semidestruida no es rival para el blindaje.

-Tengo que ir al hospital, después quédense con el auto.

Lo máximo que los Sapos podían hacer era dar unas vueltas. Un coche no les servía para otra cosa. Lo único esencial para un Sapo es la comida.

Precisamente:

-¿Hay comida ahí?- El Sapo Jefe no terminó de preguntar que ya estaba husmeando por el interior del auto.

-Jooojoojoo.- Decían los otros. Stannio no podía saber cuántos eran. Tal vez cinco, pero podía haber más.

-Hospital...¿entienden?.

-Somos tontos, los Sapos somos tontos.-

Entonó patéticamente el coro.

Stannio pensó que los que se alimentan exclusivamente de basura contaminada no pueden tener un coeficiente intelectual muy alto. Sabía que los Sapos no eran peligrosos, salvo que fueran muchos y uno les llevara la contraria. Las otras tribus solían masacrarlos.

-Los Sapos somos tontos, los Sapos somos tontos...

Stannio iba a decir algo cuando el Sapo Jefe se desplomó al lado del coche.

-Me gustó... me gustó muchísimo...  
teloagradezco... avosya... Marco... seguro que fue un  
buen tipo, un buenbuen tipo... ¿eeeh? como yo...  
como yo, ¿no?...un buenbuen tipo quequiso caminar  
un rato... ¿eeeh?... ¿tequedaste sola?... ¿eeeh?... esfeo  
estar solo... nomegusta eso... ¿entendés?...  
¡¿entendés?!... ¡¿eeeh?!... ¡estuvo bueno putamadre!...

Stannio hizo otra pausa para meterle un último  
balazo al cadáver de Juanita.

Luego continuó:

-...perrosputosdemierda... eeeh... esteee... por  
casualidad, ¿vosno tellamarás Elena?.

Llegó al hospital, con Elena en brazos, cinco  
horas después del choque. Tenían las ropas  
destrozadas. Los Ecopibes mataron a todos los Sapos  
y se divirtieron con ellos todo ese tiempo. Como  
tuvieron la suerte de no ser considerados  
antiecológicos, Stannio y Elena fueron dejados vivos,  
sangrantes pero vivos; mientras los Ecopibes seguían  
reciclando por otro lado.

Recién entonces, Stannio pudo caminar la  
única maldita cuadra que separaba al hospital del  
lugar del accidente. Está en la misma avenida. Al  
principio, no se había dado cuenta que estaba tan  
cerca, pero después, incluso pudo contemplarlo  
largamente cuando tuvo que quedarse echado boca  
abajo para que un Ecopibe le rastrillara la espalda con  
algo desconocido pero muy cortante. A pesar del  
dolor, se esforzó en levantar la cabeza y mirar al  
hospital. Ese enorme cubo grisáceo erguido en medio

de una manzana vacía. Los Ecopibes premiaron ese gesto de valor con risotadas y alguna que otra patada a la cabeza.

Tardaron una hora, quizás más, en permitirles entrar y eso bajo la exclusiva responsabilidad del Director del hospital, un tipo especialmente sensible. Como no llevaban ninguna identificación, no los atendieron hasta que, media hora después, llegó la información, chequeada y vuelta a chequear, sobre sus nombres y estados crediticios. Cuando todo estuvo a punto le dijeron...

-...lo siento, señor Stannio... falleció... puede pasar a verla si quiere... eh... señor...

“Elena está... muerta... muerta... ¡muerta!...”. Ahora estaba solo. Era lo único que podía pensar hasta que fue saliendo del estupor para caer en cuenta que todo había sido por su culpa. Porque sentía que su culpa, primordial, abarcaba la de todos los demás.

En el mismo hospital le comunicaron que había sido desconectado de su trabajo por “evidenciar un comportamiento inadecuado cuando consumía biosintéticos”.

Sin su sueldo y el de Elena tuvo que dejar la casa.

¿Alguien puede darle un trabajo al pobre Stannio?

“Señor Stannio, ¿escuchó hablar de la Guardia Vecinal?”.

Creó que sufriría más. Tenía el vientre y los muslos empapados y sentía frío, mucho frío, un frío

cada vez más intenso; pero poco dolor. ¿Se había roto la columna?.

Estaba acostado al lado de la mujer y todavía sin saber su nombre.

Su último pensamiento antes de gatillar fue que la muerte le tenía que doler. No tenía que ser una muerte piadosa. Tenía que sufrir. Tenía que purgarse de toda la mierda que llevaba dentro.

Por eso se disparó al ombligo. La bala lo atravesó de arriba abajo y desgarró y rompió y reventó.

No hubo nada que disfrutar. Stannio no era masoquista.

No hubo nadie a quien decirle unas últimas palabras que justificaran algo.

Stannio tampoco era un buen orador.

Ni siquiera alguien a quien dedicarle un pensamiento, o una náusea.

Con la muerte cesó el frío, el dolor y la necesidad de dar explicaciones.

Lentamente, el charco de sangre negra se empezó a cuajar.

Jorge Oscar Rossi



## INOCENCIA ADQUIRIDA

*“¿Por qué mataste a la avispa?- le dijo el campesino a su hijo.*

*Porque me picó- le respondió el niño.*

*Hijo mío, -insistió el padre- la avispa no sabe lo que hace.*

*Pero a mí me dolió- replicó el chico, y de otro pisotón terminó de aplastar al insecto contra el piso”*

### I

Roberto Celes se moría. En soledad y con dolor. Los médicos le explicaron, en forma sumamente didáctica, que su cáncer lo iba a consumir lentamente, metamorfoseándolo en una piltrafa miserable.

Bueno, ellos no usaron precisamente esas palabras, pero daba lo mismo.

El color, el sabor, el olor y la textura de lo que Celes vomitaba periódicamente y cada vez en mayor cantidad eran un inequívoco mensaje de que había que confiar en la ciencia.

Ahora, arrodillado frente a la encastrada pileta del baño, Celes comprobaba lo difícil que resulta rezar cuando los dientes, todavía sucios, no hacían más que castañetear.

Siempre había sido ateo, pero el terror a la muerte es una buena excusa para convertir a cualquiera en un creyente fervoroso.

Por eso, Celes trataba de orar, pero de sus labios solo se escurría una baba sanguinolenta.

## II

Llevaba muerto largo, larguísimo tiempo y se sentía muy bien.

Aquello era negro, a veces gris y en ocasiones llegaba hasta el blanco más brillante; pero siempre se vivía suave y tibio.

Desde que Nació en el Mundo solo existía el Placer y el Eterno Juego.

El Mundo nunca le pidió nada.

Hasta ahora.

Ahora el Mundo le rogaba que asistiera a uno que moriría y que deseaba Nacer.

Solo comprendió cuando supo en nombre del Candidato.

## III

Pese a todo, Celes nunca dejó de ser un hombre práctico. Su rezo tenía una finalidad muy concreta: escapar del Infierno. Porque desde que la muerte era para él algo que se mezclaba con su sudor y sus temblores diarios, llegó al más absoluto convencimiento de que iba a ir al Infierno, o como se llame ese lugar donde deben estar los que, como él,

merecen castigo por sus excesos, por sus vicios y por toda la inmundicia que había hecho y que ahora parece salirse por la boca.

Enloquecido de espanto, recordó a la mucha gente que humilló, a todas esas vidas que supo arruinar y a ese hombre... a ese hombre con la garganta destrozada. Con un manotazo feroz quiso tirar lejos el revólver pero...claro, no tenía ninguno.

Estaba ahí, en el baño de su casa, aún arrodillado y tan solo como siempre. No había ningún arma ni otra sangre que no fuera la suya.

A su pesar, inició una aliviada sonrisa...

#### IV

-¿Cuál es tu pena, hermano?- le gritaron desde el dormitorio.

Celes solo fue capaz de pensar un aterrorizado “¿Quie...?”.

La respuesta fue en forma de Aparición.

La Aparición no tenía nada de etéreo ni de desconocido.

Eso era lo peor.

#### V

Roberto Celes notó que Horacio le sonreía amistosamente.

“¿Cómo le quedan ganas de sonreír con la garganta toda...?”. Pero no, la garganta se veía bien. Horacio se veía bien.

Una imagen golpeó a Celes: era el mismo Horacio, muchos años atrás. Estaba tirado en el piso y se desangraba por el balazo que le atravesara el cuello.

Ahora Celes no era capaz de hablar ni de moverse. Ni siquiera parecía tener fuerzas suficientes como para asustarse.

Entonces, Horacio Ferri le dijo:

-No tengas miedo, hermano. Vine para llevarte a la Vida Eterna, al Paraíso...al Mundo. Y lo hago con placer.

El asombro logró que Celes reaccionara.

- Pero... ¡Yo te maté!

-No pudiste evitarlo, estaba escrito en nuestro destino. Yo tenía que morir y vos me tenías que matar. Es el Destino. Nadie puede con eso. Antes de Nacer al Mundo no somos más que herramientas del Plan Divino. Nada de lo que hacemos depende de nosotros. No decidimos. Por lo tanto, no tenemos culpa. No podías hacer otra cosa. Pero eso ahora no importa. Es hora de irse.

-Entonces... ¡no hay castigo!... ¡no lo puedo creer!

Pero Celes creía. Era la cosa más acertada que nadie jamás pudo haber dicho. Sí, eso era. El Destino. Uno no es más que un juguete del Destino, alabado sea.

Sintió gran alivio e inmensa paz. Esperaba la absolución de sus culpas y ahora descubría que nunca tuvo ninguna.

-¿Qué tengo que hacer para que nos podamos ir?

-Agarrá el revólver que tenés en el segundo cajón del escritorio, metételo en la boca apuntando para arriba y gatillá.

-Pero...creía que el suicidio estaba prohibido.

-Uno hace lo que está escrito. Está escrito que te vas a matar de esa manera y está escrito que yo te lo tengo que decir. Acá no existe a libertad.

-¿Y en donde vamos a ir?

-¿En el Mundo? Sí, en el Mundo hay libertad. Celes no lo pensó más. Tomó el revólver. Era el mismo compañero con el que mató a Ferri.

Se saltó la tapa de los sesos con alegría.

## VI

-¿Llegamos al Mundo?

-No, estamos en el Tránsito.

-¿Qué tránsito?

-El Tránsito hacia el Mundo... o hacia la Nada.

- ¿Y qué esperamos para ir allá?

-Nosotros no vamos para allá. Yo voy para allá.

Celes no se quedó frío de terror, ni su estómago se estrujó, porque no tenía cuerpo que se enfriara ni estómago que se estrujase. Pero sintió miedo, un miedo indescriptible.

Aprendió que no hace falta tener carne, sangre, huesos y vísceras para sentir miedo.

Fue una de las últimas cosas que aprendió.

VII

-¿Y yo?- logró decir.

-Te toca la Nada.

-¡¿Por qué?!

-Más que nada, por haberme matado. Tardé varias horas en morir, ¿té acordás?. Dolió mucho, además.

Celes no quería comprender.

-Hijo de puta... dijiste que ahí no había libertad.

-Es la pura verdad.

-¿Y por qué el castigo? Si no soy libre, no soy culpable.

-Pero tampoco inocente.

-No...

-Solo en el Mundo existe la libertad. Nosotros decidimos quien Nace en el Mundo y quien no. Es el Eterno Juego. A mí me eligieron para tomar esa decisión en tu caso...

A Celes solo le quedaba la obstinación:

-¡No soy culpable!

-Es por lo del balazo, ¿sabés? -La voz de Horacio Ferri sonó aun más afable al continuar:- No sé si te dije, pero el balazo me dolió mucho.

Roberto Celes dejó de ser cuando sintió la última sílaba.

## INSOLITA HUMEDAD

Si alguna vez se han arrastrado por el barrio de Palermo, probablemente conocen la pizzeria “Tía Pepina di Capri”, esa que está al dos mil y pico de Julián Alvarez. Hace pocos años, en ese mismo lugar donde ahora la muzzarella es dueña y diosa, existía un feo, viejo y delicadamente sucio edificio.

Llegué a conocer muy bien su frente grisáceo, de tanto apreciarlo en esos agradables paseitos que tenía por costumbre disfrutar años atrás.

Era pleno invierno, pero todas las noches me lanzaba a caminar. Revivo esto y me envuelve la nostalgia, cual mortaja usada. Recuerdo que esas noches me excretaba de frío, de soledad y de hastío. Pero el insomnio era más fuerte. La absoluta certeza de que una existencia tan intrascendente como la mía estaba condenada a durar mucho tiempo era algo que me espantaba. Angustiaba y asqueaba, todo junto y finamente envuelto en papel de diario con olor a pescado podrido. Este cóctel de sensaciones no hace bien a los nervios.

Hoy día estoy mucho mejor. Casi me siento una persona normal. No veo la hora de ser como todo el mundo, es decir, un completo tarado. Tan tarado que ni siquiera sé de cuenta de lo tarado que es.

En fin, lo cierto es que conocí el edificio, con esas dos oxidadas puertas de hierro y aquel derruido balcón que prometía una muerte dolorosa a quien tuviera la estúpida idea de usarlo.

Solo el piso superior estaba habitado. Empecé a saberlo una noche en que un hombre que salía del lugar chocó conmigo. Era una criatura alta y enfermizamente delgada. Su cabeza semejaba una calavera recubierta con piel de palidez nada aristocrática. Jehová lo había infradotado con un casi inexistente mentón. No contento con eso, también le obsequió un tajo ligeramente oblicuo que hacía las veces de boca. Los ojos saltones de mirada asustada completaban el elenco de razones por las cuales este infeliz jamás llegaría a Mister Universo y, simultánea y desafortunadamente, le daban ese matiz entre repugnante y caricaturesco que debe tener cualquiera que quiera parecerse a mí. Como era de esperar, trabamos conversación y así se inició una cosa que con buena voluntad podría asemejarse a la amistad.

A las pocas semanas, este nuevo integrante de mi reducidísimo círculo social se animó y me invitó a entrar a su casa, lo cual revelaba sin dejar lugar a dudas el grado de desesperante soledad en que se encontraba. Como no tenía nada mejor que hacer y era una noche demasiado fría para caminar y hablar pavadas, que era lo que veníamos haciendo últimamente, acepté con el mismo entusiasmo que uno pone cuando trabaja en algo que odia.

El pobre desgraciado se dio cuenta de mi estado de ánimo e intentó mostrarse más alegre y jovial que de costumbre, es decir que trató dejar por un momento de parecer un enfermo terminal con absoluto conocimiento de que le quedan seis meses, todavía, de dolorosa vida.



Supongo que su pretendido cambio de actitud tenía por objeto lograr una mejor predisposición de mi parte. Sin embargo, solo consiguió desanimarme del todo. Es que, cuando una calavera sonríe, abriendo su torcida boca y mostrando dientes desparejos, solo se puede sentir repulsión.

En fin, la cuestión es que entramos en la casa. No bien traspusimos la puerta, dimos a un angosto y corto pasillo cubierto. Cubierto por techo y por roña. Al final del mismo había otra puerta. Esta era de madera y vidrio. La madera estaba hinchada y descascarada. El vidrio hacía juego con sus rajaduras. La suciedad hermanaba, unía y sostenía ambos elementos. Una vez que dejamos atrás toda esa basura, subimos por una cuasiblanca, gastada y sinuosa escalera.

De las siete amplias habitaciones, descontando baño y cocina, de que se componía la gran pocilga en que me encontraba, solo las dos del fondo tenían mobiliario.

El cuadro se completaba con una pieza situada en la terraza, la cual llegué a conocer tras un curioso acontecimiento.

En efecto, Ignacio, que ese era el nombre de mi casi-amigo; pareció involucrarse en una lucha interior apenas se paró frente a la escalera que llevaba a la azotea. Sus feas facciones se contraían, las manos se retorcían una con otra y el cuerpo se bamboleaba rítmicamente hacía adelante y hacía atrás, como le pasa a ciertos locos. Los ojos, en cambio, estaban completamente abiertos y fijos hacia la subida.

Finalmente terminó el numerito de circo y, ya recuperado, mi buen compañero de juega me indicó que fuéramos a la terraza. Por mi parte, aparenté no darme cuenta del espectáculo ofrecido, quiero decir que no aplaudí ni me reí. Me limité a seguirlo pensando una que otra obscenidad.

La pieza de la terraza estaba destinada a guardar trastos viejos, pero como toda la casa era un inmenso trasto viejo, en realidad carecía de utilidad. Estaba repleta de muebles antiguos, polvorientos, rotos y coquetamente apolillados.

Ignoro si eran cosas finas. En todo caso, sabían disimularlo.

Solo se encontraba libre un ángulo de la habitación. Allí se podía admirar una preciosa e irregularmente redonda mancha, adulta por su tamaño y con ese inconfundible aspecto de fresca decadencia que tienen todas las manchas de humedad.

Mi guía clavó su mirada en ella y, por unos segundos, se repitió la escena de un rato antes.

Hay que arreglar eso -Le dije. Ignacio me miró. -Eh... la mancha, digo- Sé que es una sucesión de frases idiotas, pero mí conversación no se caracteriza por la originalidad. En eso siempre fui un tipo muy normal.

Ignacio se tranquilizó un poco al darse cuenta que no me estaba refiriendo a él y, mientras se daba vuelta y me hacía seña de que bajásemos; se contentó con decirme: -Así es como debe estar.

Por fin terminó la encantadora visita y, días más tarde, sonó el timbre de mi casa, suceso

notabilísimo por lo inusual. Más raro aún era el visitante.

Ignoro como Ignacio averiguó mi dirección, tal vez se la mencioné sin querer, pero no tuve tiempo de preguntárselo porque este dilecto camarada se metió en mi covacha sin saludarme, se desparramó en mi mejor silla y empezó a hablar, con la misma paz espiritual de un demente furioso.

Tengo que contarle algo, -me escupió- que me pasó hace tres días. Quiero que me dé su opinión para tomar una decisión.

Debo aclarar que con Ignacio y con cualquiera me trato exclusivamente de usted.

Hay que mantener las distancias con los extraños. Por eso, no me tuteo ni a mí.

-Hable- le respondí.- Tengo todo el tiempo del mundo.- era una de las más completas verdades que había dicho en mi vida.

Un poco más tranquilo, el objeto de mi forzada hospitalidad inició su relato.

-Toda mi vida la pasé en la casa que usted conoce. Claro que en mi infancia era un lugar alegre y feliz, principalmente por mi madre. Ella quedó viuda a poco de nacer yo. Soy hijo único y no teníamos parientes, así que toda esa inmensa casa había quedado para nosotros dos. Cuando niño acostumbraba correr por las habitaciones y meterme en todos los recovecos. El único lugar prohibido era la pieza de la azotea. Recién al ser adolescente mi madre me dejó entrar, y entonces vi lo mismo que usted hace unos días, es decir, nada raro. Si ya estaba

muy intrigado, esto no hizo más que aumentar mi curiosidad porque, ¿cuál había sido el objeto de la prohibición?. Mi madre me dio respuestas evasivas. Por un tiempo llegué a pensar que el tema tuviera conexión con la muerte de mi padre.

Papá falleció a causa de una caída accidental desde la azotea a la calle, es todo lo que sé. Pero, en todo caso, me hubiera prohibido subir a la terraza. Sin embargo, la cosa se limitaba exclusivamente a la pieza. Así que, apenas pude, examiné todo el lugar detenidamente. Como habrá notado, no hay mucho que ver. Lo único que me llamó un poco la atención fue la mancha de humedad que usted me sugirió eliminar. Permanece siempre igual, sea verano o invierno. Algo en mí me decía que tenía que evitarla. Nunca hablé de eso con mi madre, pero me parecía que a ella también le resultaba algo desagradable.

En fin, hace un poco más de un año, mamá murió. Seis meses después, mientras revolvía un ropero sin tener otra cosa que hacer, encontré unos papeles. Uno de ellos es esta carta escrita por mi madre. La traje para leérsela...

-Espere -le arrebaté la carta de un manotazo desganado. Estaba escrita con una letra redonda y enfermizamente prolija. Iba dirigida a Ignacio, para que la leyera después de la muerte de la vieja y, eliminando frases sensibleras de mal gusto, le decía a su hijito que, si quería vender la casa, primero tenía que demoler la pieza de la terraza. También le pedía que hiciera lo mismo si se quedaba viviendo allí o, por lo menos, que no entrara a ese lugar. La vieja

alegaba poderosas razones, que no detallaba, para pedir semejante cosa. Había un párrafo que me quedó grabado hasta hoy: “Si llegaran a cumplirse tus deseos, no podrías resistir el sufrimiento. No puedo permitírtelo, aunque antes pensara distinto.”

Le devolví la carta a Ignacio y me quedé mirándolo. Entonces prosiguió su cantinela.

-Como supondrá, estas líneas me dejaron lleno de perplejidad. La muerte había sorprendido a mamá antes que pudiera encontrar la forma de que la carta me llegara después de su partida, así que la encontré de casualidad y gracias al aburrimiento. Eso era lo único claro. Ahora, ¿por qué destruir esa pieza? ¿Por qué no la hizo demoler ella misma? Y, sobre todo, ¿qué deseos me pueden causar tanto sufrimiento?.

Le confieso que, al principio, pensé que mi madre había perdido la razón, pero es innegable que esa habitación estuvo rodeada de un halo de misterio toda mi vida. Por otro lado, no acababa de comprender la conveniencia de escribirme esa carta. Suponiendo que realmente hubiera algún peligro, ¿no era peor avisarme? ¿No hubiera sido más lógico no escribir nada y, de esa manera no incitar aún más mi curiosidad?. Tenía la impresión que mi madre en verdad quería que yo “usara” la pieza para “cumplir mis deseos”. Pero esto era una tontería. Ella nunca intentaría perjudicarme.

Lo cierto es que, desde ese momento he estado luchando contra mis propias dudas. No entendía nada y me sentía incapaz de hacer algo.

Tiempo, después, una noche entré en la maldita pieza y, como en muchas otras ocasiones, me puse a mirar la mancha de humedad. No sé si fue porque vez miré durante más tiempo o porque estaba muy nervioso, pero ocurrió que la mancha empezó a agrandarse, o a venir hacía mí, o yo ir hacía ella. Parecía la entrada de un túnel. Por el viento, la puerta de la pieza se cerró violentamente y ese ruido me volvió a la realidad, o eso creo.

Desde ese día, las cosas empeoraron. Estaba asustado, convencido de mi locura y pensaba en mamá constantemente.

Hace tres días no pude aguantar más. Tenía que ver si todo había sido o no una ilusión. Estaba dispuesto a pasar todo el día en ese cuarto mirando esa mancha, a ver que pasaba. No tuve que esperar tanto. Apenas unos momentos bastaron para que todo volviera a repetirse. La mancha era un enorme túnel oscuro que me invitaba a entrar. No sé como explicarlo, pero lo siento así.

Finalmente entré y empecé a caminar por entre esa negrura. No necesité entrar mucho para encontrarme frente a mi propia casa. No me sorprendí. En ese momento parecía saber o querer todo lo que iba a pasar. Así que ingresé a mi casa, subí y llegué a mi dormitorio, el que tengo desde mi juventud. Allí se encontraba una mujer joven. Era hermosa. Apenas me vio, pareció conocerme y empezó a sacarse la ropa. Yo... hice lo mismo y... tuvimos relaciones sexuales, usted me entiende.

Yo... jamás la había pasado tan bien con una mujer.

Cuando todo terminó, me vestí y la deje ahí en la... cama. En pocos minutos de desandar el camino, me encontré nuevamente en la pieza de la azotea. Recién allí comencé a darme cuenta de lo ocurrido aunque...¿alguien medianamente normal puede darse cuenta de algo en un caso así.?

Desde entonces, no duermo, no como ni nada. Cuando la cabeza estaba por explotarme decidí venir a verlo. Usted es la única persona con la que me trato y quiero que me dé su opinión: Para usted, ¿Esto tiene alguna explicación lógica o se trata de simple locura?.

Después que mi visitante concluyó su largo relato, balbuceado con ese estilo suyo tan pomposo, anacrónico y pacato de expresarse que estoy tratando con esfuerzo de imitar, había llegado mi momento de hablar.

El problema es que no tenía ganas. Estaba lo suficientemente decepcionado de la vida antes de conocer a Ignacio. El presente discurso no había hecho más que aumentar mi decepción. Quería, en cambio, hacer algún despliegue físico. Por ejemplo, sacar a patadas de mi cuchitril a ese pelotudo.

Sin embargo, el tarado ese tenía cierto parecido conmigo, como ya dije, así que me contuve y le respondí:

-Bueno, esto ha ocurrido otras veces. Tal vez en realidad le pasó a usted. Yo escuché y leí de casos semejantes. -Lo que no significa nada, pensaba para

mí, pues de toda idiotez hay precedentes. – Tranquilícese, indudablemente hay una explicación. Tal vez se trate de un agujero tempoespacial, que lo comunica a una dimensión paralela a la nuestra, como dicen algunos. -Todo esto no deja de ser nada más que una necedad expresada en forma pseudocientífica. Lo mío era realmente la presuntuosa ignorancia de los que quieren aparentar conocimientos o, por lo menos, justificar un criterio muy amplio, porque en definitiva no hablaba para ayudar, sino para parecer sabio.

-A esta altura, no me interesa una explicación. Me conformaría con saber si lo que me pasó, pasó en realidad o no. Pero no sé de que manera probarlo -me dijo Ignacio.

Vaya a su casa y trate de repetir la operación que me contó. Asegúrese de estar bien despierto. - Sugerí.

Increíblemente, estas palabras que podían tomarse como una burla, y en realidad lo eran, agradaron a mi compañerito.

-Sí, tiene razón. Antes que perder la salud pensando en esto, mejor es ver si se produce de nuevo. -Acto seguido, Ignacio se despidió de manera casi efusiva.

Antes de irme a dormir me quedé pensando en la expresión del tipo cuando le di mi “idea”. Parecía como si le hubieran quitado un gran peso de encima, como si otro hubiera tomado una decisión que lo complacía pero que no se atrevía a tomar por su cuenta.



El tiempo pasó y no volví a saber de Ignacio sino cuando me enteré de su muerte por el diario.

Fue un hecho singular. Por regla general no leo periódicos, pero en los últimos días estaba comprando uno de los de la mejor prensa sensacionalista. Me gustaba el despliegue de sangre que hacía. Como toda persona civilizada, disfruto con una buena descripción de un suceso violento, cruel o bestial. Por supuesto que, en público, la mayoría de la gente lo niega, pero esa es otra de las pequeñas mentiritas que sazonan nuestra maravillosa vida en sociedad.

Así pues, leía el diario y, al lado de un título que daba cuenta de la forma en que un gentil señor se había almorzado a sus tres hijos, luego de matarlos y carnearlos prolijamente, figuraba una pequeña información. Todavía hoy conservo el recorte:

### *SUICIDIO EXITOSO*

*En la madrugada de ayer, los vecinos de la calle Julián Alvarez al dos mil, en el populoso barrio de Palermo de esta Capital, fueron despertados por un fuerte ruido proveniente de la calle. Lo había provocado el cuerpo de un individuo joven, quien yacía sin vida en medio de un impresionante charco de sangre, frente a lo que posteriormente se determinó fuera su vivienda. Se cree que esta persona, a la que se identificó como Ignacio Díaz, soltero de treinta y cinco años de edad, de nacionalidad argentina; se arrojó del balcón o la*

*terraza de su casa. El fallecido, según sus vecinos, era una persona hosca y de extrañas costumbres, tal vez desequilibrado mentalmente.*

Hacía tres semanas que había visto a Ignacio por última vez y su muerte me extrañó.

Siempre admiré a los suicidas. Me parecen gente valiente. Yo no lo soy. Pero jamás hubiera pensado que Ignacio se mataría. Hasta ese momento lo consideraba uno de esos seres destinados a andar lloriqueando perpetuamente de aquí para allá, buscando un alma compasiva o idiota que los escuchara y consolara. A partir de ese momento, le tuve un poco más de respeto. El respeto que se le tiene a alguien que no es como uno, sino mejor.

Esa misma noche me encaminé hacía su casa. No sabía bien para qué, pero quería verla. Todavía no habían limpiado la sangre de la vereda. Supongo que los vecinos querían conservar el recuerdo de un divertido y excitante tema de conversación.

Al lado de la casa de mi ex casi-amigo había, y aún hay, un edificio de departamentos. Tiene tres pisos, pero como se trata de una construcción moderna y, por lo tanto, mezquina, su altura total era apenas un poco mayor que la de la casa de Ignacio.

En ese momento salía una persona del edificio, una gordita mofletuda y lustrosa.

Antes que cerrara la puerta, me acerqué a ella y le dije con un tono que no admitía replica:

Aquí vive el señor Pérez, ¿verdad?

La gorda me miró, palideció ante mi total ausencia de belleza y gorgoteó:

-Sup...supongo que... si...¡Siii!... creo que... en el... tercero B.

Antes que pudiera agregar nada y medio atropellando a ese chanchito con rouge, me metí en el edificio. Hasta el día de hoy dudo que viva un Pérez en el tercero B.

Creo que lo mío, más que del ingenio o de la suerte, fue obra del terror.

Inmediatamente enfilé para la terraza. No tuve problemas en llegar. La única puerta que me lo impedía solo tenía un pasador.

Más difícil fue pasarme de una azotea a la otra. La razón es que no soy precisamente un atleta. Trepas una pared y lanzarme desde allí para caer en el techo de la casa de Ignacio me resultó particularmente doloroso.

Como sea, con paso rengueante me encaminé hacia la pieza. Me parecía increíble que una construcción tan vulgar, cuatro paredes de material y techo de chapa, pudiera contener alguna cosa fantástica o misteriosa.

La puerta estaba cerrada con llave o atrancada, pero se trataba de una madera vieja, delgada y medio podrida.

No me importó hacer ruido. Nadie saldría de su cueva para ver qué pasa. Eso solo ocurre en las películas. Los humanos somos muy cagones, que se le va a hacer.

La cuestión es que cargué con mis poco desarrolladas fuerzas contra la dichosa puerta. Al primer intento, ambos nos vinimos abajo. Ahora mi hombro derecho acompañaba a mi tobillo izquierdo en el dolor.

En fin, como pude me levanté solo para comprobar que, o habían cortado la luz, o la lamparita estaba quemada. Por supuesto, no tenía una linterna, ni encendedor, ni fósforos, ni una luciérnaga. Por suerte, con la luz de la luna se veía bastante. En realidad, solo me interesaba distinguir la bendita mancha de humedad.

Paseé la mirada por todo el cuarto y vi una cosa que brillaba débilmente. Estaba sobre una mesita. Me acerqué y la agarré. Parecía un pequeño portarretrato, pero no pude distinguir la imagen de la foto. La luz no daba para tanto.

Sin saber qué hacer con él, me lo guardé en el bolsillo de la campera. Me gusta robar, siempre que no corra ningún peligro. En eso también soy igual a todos. A veces me deprime ser tan masificado, pero enseguida se me pasa porque enseguida la reemplazo por otras depresiones más interesantes.

Consumado el robo, dirigí mi vista hacia la mancha. Recordaba que el “suicida exitoso” me había dicho que la estaba observando fijamente cuando “sucedió todo”. Así que eso, precisamente, es lo que me puse a hacer.

Cuando la mancha empezó a agrandarse tuve la sensación de que algo dentro de mí se rompía. Supongo que eran mis estructuras mentales. En un

momento dado, estaba completamente a oscuras. Me puse a caminar hacia adelante a ciegas, esperando chocar enseguida con la pared. A los cien pasos, no me quedó más remedio que admitir que algo raro pasaba. Sin embargo, no estaba asustado. Para nada. En realidad, sabía lo que iba a suceder, solo que me resistía a creerlo.

El dormitorio de Ignacio se me apareció de improviso, como cuando vuelve la luz después de un apagón. Era el mismo dormitorio que conociera en vida de este.

Pero ahora tenía más muebles y estaba en mejor estado. Todo lucía más nuevo.

Mas lo realmente interesante se veía encima de la cama. Ahí estaban Ignacio y una mujer. Cogían como animales. Ni se habían dado cuenta de mi presencia.

El cuerpo desnudo de Ignacio era coherente con su cara. Era un cuerpo que emocionaba. Provocaba risa, llanto, asco, odio a Dios por crear una porquería como esa, etcétera. En cambio, la hembra que estaba con él era una cosa hermosa, rubia, joven, carnosa, soberbiamente satánica, un viaje directo al Infierno; algo que dolía al verlo.

Recién un buen rato después de mi llegada, la adorablemente asimétrica parejita paró la cabalgata y se puso a contemplarme. Aproveché la ocasión para hacer la única pregunta que, en ese preciso momento supe, venía a hacer. La contestación que me dio Ignacio, mientras su yegua pura sangre me miraba con expresión divertida, no me sorprendió.

Me despedí de ambos con una espléndida sonrisa para poder exhibir mis dientes rotos y, ni bien me di vuelta, volvió el apagón. No sé si esta vez caminé más o menos que antes, pero, finalmente, llegué de vuelta a la pieza.

Ahí me agarró la locura.

Primero empecé a temblar, después vomité y luego me largué a correr, a los tropezones y en círculos, por la azotea. Fue muy patético mientras duró, supongo. Pero duró poco porque me caí de cara al piso.

Me quedé tirado mientras intentaba calmarme. El paseíto a través de la mancha me había quitado todas las dudas. No solo por la respuesta de Ignacio, sino porque en todo el recorrido me fui impregnando del asunto. No puedo explicarlo, pero dentro de la mancha uno consigue saber, o hacer, aquello que quiere. Incluso aquello que uno quiere inconscientemente, es decir, que quiere pero no sabe que quiere. No tengo la menor idea de que cosa significa esta boludez que acabo de decir, pero suena muy intelectual y moderno.

Finalmente, decidí irme. Me hallaba más o menos recuperado, así que recorrí como pude el camino inverso hasta encontrarme con la fantástica noticia de que la puerta de entrada del edificio estaba cerrada con llave.

No sabía que hacer y ya habían pasado como veinte minutos, cuando veo que se aproxima alguien. ¡Ni más ni menos que la gorda!. Por la cara, volvería

de un velatorio poco concurrido. Recién cuando entró me vio.

Me abalancé sobre ella y, en el momento en que la chancha comenzaba a disfrutar por anticipado de la violación, la esquivé y salí corriendo. Es un decir, porque con un tobillo hecho mierda mucho no se puede hacer.

Como a los cien metros me detuve, tomé aire, me di cuenta que nadie me seguía y por último, asumí plenamente el hecho de que estaba haciendo el papel de un pelotudo.

Con ese esclarecedor pensamiento en mente, fui andando hasta sentarme en uno de los bancos de la plaza Güemes, justo debajo de una columna de alumbrado que, cosa milagrosa, precisamente estaba alumbrando.

Saqué el portarretrato del bolsillo. Era un buen momento para pensar o, mejor dicho, para recordar. Porque no había nada que recordar: la mancha, LA MANCHA, me había dicho todo muy claramente. Todos tenemos deseos, ¿verdad?. Yo quería saber que le había pasado a Ignacio, pero mucho más quería morirme y terminar esta vida asquerosa. Esa sería mi suprema felicidad. Pues bien, LA MANCHA elige el deseo a satisfacer.

Y siempre elige uno que joda.

Por eso me había mostrado a Ignacio y a su amante. Por eso me había contado todo. Para que me atragantara con una historia de mierda que, en el fondo, no me interesaba un carajo, que solo me da un

aumento en las náuseas que me causan todos los que me rodean.

A Ignacio, y supongo que a su viejo también, les dio lo que querían.

Ignacio deseaba a esa mujer y la tuvo. Esa mujer a la que amó apasionada e ilimitadamente. Años hacía que quería tenerla, pero eso que llaman conciencia, o la vergüenza, o el temor o el asco o todo junto se lo impidieron.

Hasta que LA MANCHA le dio una oportunidad.

Entonces, él pudo amarla, más joven y más hermosa de lo que la había conocido en persona; pero, quizás, igual de perversa. Tan joven y hermosa como en la foto del portarretrato.

Disfrutó con ella hasta que no pudo soportar la culpa y entonces se mató.

Se llamaba María Luisa y él, como corresponde, siempre le había dicho: “Mamá”.



## LA MEJOR OFRENDA

La idea, por llamarla de alguna manera, era salir a patotear la calle y masacrar unos cuantos Escopibes o Sapos o Sangradores o cualquier chico de alguna pendeja y darle un ejemplo a todos para que se calmaran un poco, por lo menos uno o dos días.

Se le había ocurrido al Intendente, vaya uno a saber cuándo, o a causa de qué.

El Intendente se lo ordenó a la Guardia Vecinal y el Jefe de la Guardia tuvo un ataque de llanto que le duró hasta que se acordó de darse con un biosintético de última cosecha que lo dejó rígido dos horas. Cuando se ablandó y volvió a saber quién era, le habló al Intendente y, humildemente, le dijo que la última vez que habían hecho una cosa así, perdieron cinco Guardias mientras que los de las pendejas festejaron la victoria violando y destazando a los ancianitos de la Gerioresidencia Municipal.

Esto no inmutó al Intendente. Después de todo, lo de la Gerioresidencia fue un ahorro. Así que se limitó a pedirle chiches pesados a los de las Armadas, quienes se los alquilaron por una módica suma.

Cuando los niños de la Guardia Vecinal recibieron esa maquinaria, se pusieron muy contentos por tener esos nuevos juguetes y ahí nomás, llenos de entusiasmo juvenil, empezaron a probar las metralas, las quebradoras, las cortadoras y las cremadementes, con el resultado de dos Guardias con los intestinos al

aire y un tercero con el cerebro chorreándosele por la nariz, como crema de leche un poco acuosa.

A todo esto, el Jefe de la Guardia tuvo que salir a poner algo de orden y recién entonces los chicos se tomaron las cosas con más mesura. Cuando ya supieron distinguir entre la parte delantera y la trasera de la mayoría de las armas, el Jefe decidió que estaban listos para salir a dar un escarmiento y, lleno de autoridad, designó a Boelio para que comandara el show.

Lo único que reconfortó a Boelio de tal nombramiento, fue que eso significaba que podía usar la única armadura existente en toda la Guardia. Los demás niños, al enterarse de quien sería su jefe, lloraron y aullaron y patalearon y se revolcaron de rabia y abatimiento. Los que sabían teclear, hicieron testamento.

Los que tenían hembra o macho queridos, les dedicaron una última masturbación.

Como sea, arreándolos a patadas, Boelio salió con su rebaño.

Allí iban, esa oscura noche de mayo, quince temblequeantes Guardias Vecinales de la Ciudad Autónoma de Lanús, comandados por Boelio, quien parecía aún más horripilante de lo habitual, todo cubierto por placas ceramitalicas su poco esbelto cuerpo y con un ovoide casco negro plantado en la pequeña cabeza. Un visor rojo impedía apreciar sus ojos torcidos. La nariz chata y los dientes rotos se escondían tras el bozal protector. En su brazo derecho

portaba un cremadementes, no fuera a ser que algún gracioso de las pendejas también usara armadura.

Caminaba la tropa, por el medio de la ancha, desierta y semidestruida Avenida Pavón. Buscaban algo que se moviera para reventarlo y así reír felices y luego volver a casa a drogarse y dormir y soñar con mujeres irreales que solo conocerían en sueños.

El movimiento se demostró en forma de un lanzazo que dejó tumbado y definitivamente muerto al Guardia Garzia, quien se encontraba en la retaguardia y recibió el obsequio en la espalda. Garzia, poco digno, antes de morir se dedicó a chillar como un chancho al que estuvieran degollando con un cortaplumas mellado.

Sus camaradas huyeron en desbandada a esconderse, salvo Boelio, a quien la armadura lo volvía un tanto osado.

- ¡Salgan hidepús reventados!- Tronó, un tanto nervioso.

De pronto, todo se hizo rojo para el heroico idiota.

Cuando volvió a abrir los ojos, unos seres extraños bailaban frenéticamente al compás del fuego y de las piedras y de las luces. Después, creyó que todos, seres, fuego, piedras y luces, se estaban agotando, de tanto bailar.

Un rato más tarde se dio cuenta de que el que bailaba era su cerebro.

Más tarde aún, cayó en cuenta que los seres extraños no eran extraños, sino una común y corriente pendeja formada por siete u ocho Sangradores.

El fuego era fuego, un fogón en realidad.

Las piedras eran piedras y ladrillos y chapas y caños y basura, amontonados por todos lados. Las luces... bueno, eso no sabía de donde lo había sacado.

Boelio era lo suficientemente inteligente para darse cuenta que lo habían despatarrado con un cremadementes a baja potencia. No quisieron matarlo. Se limitaron a quitarle la armadura y dejarlo tirado ahí.

Se imaginaba el porqué.

De pronto, en medio del más absoluto silencio se oyeron unos rápidos y nerviosos pasos y ahí apareció Ella... o El, o... qué sé yo. Era una cosa de casi dos metros, ancha de hombros y de abdomen, de cara barbuda y rasgos como tallados a martillazos por un borracho. Llevaba una enorme peluca rosa toda llena de largos rulos que contrastaba con el verde y azul de sus hinchados párpados. No estaría del todo mal, si no fuera por los labios plateados, el collar de grandes perlas, blancas y falsas, que le colgaba del engrasado cuello, el vestido fucsia de dama antigua que le llegaba hasta el suelo y los diez anillos de brillantes de utilería que lucía en los correspondientes dedazos de sus bestiales manos.

Hablando de manos, en la derecha sostenía el típico cuchillito de dos puntas que caracteriza a los Sangradores.

La cosa que ahora ocupaba todo el dolorido campo visual de Boelio, tenía el desagradable aspecto de ser el líder de la pendeja.

Para peor, parecía sedienta.

Antes que Boelio pudiera articular palabra, Peluca Rosada habló y, con aguda voz, dijo:

-He aquí hermanos en la sangre, he aquí la criatura que disfrutaremos. He aquí el jugo rojo que beberemos con placer, la carne que abriremos con amor, el alma que tragaremos con pasión y regocijo...

Los miembros de la tribu aullaron felices.

Peluca Rosada prosiguió:

-Esta es nuestra ofrenda y nuestro amor.

Prepárense, hermanos en la sangre...

El alarido de placer, grupalmente proferido, tapó el discurso de Peluca Rosada.

Boelio se quedó con las ganas de saber cómo terminaba. Era un buen momento para que se le ocurriera una idea salvadora, de esas que nunca tenía. Recordó a Bebetó y Rosalía, una pareja de enanos con la que había constituido un vibrante triángulo amoroso hasta hacía solo una semana...

Peluca Rosada se le venía encima.

-¡Nooooo! -croó nuestro héroe.

Peluca lo ignoró y con su enjoyada manaza izquierda lo agarró del cuello.

- ...go ...nda... oooooorr.

Peluca creyó entender algo en esos ruidos barbotados por Boelio y, curioso como toda chica, le soltó el cuello y lo miró con inquisitivos ojos inyectados en sangre de mala calidad.

Boelio supo que era su última oportunidad y, aclarándose la garganta, repitió sus palabras:

-Tengo una ofrenda mejor.

Los Sangradores siempre están buscando ofrendas mejores.

-¿Qué puede ser mejor que un Guardia Vecinal? -Quiso saber Peluca.

-Cualquier cosa. -Contestó Boelio.

En realidad era pura retórica ritual. Los Guardias Vecinales no eran algo codiciado por casi nadie, pero Boelio y Peluca sabían que había que regatear.

-No queremos cualquier cosa, y tenemos un Guardia. -Siguió Peluca.

-Yo les puedo dar, no una, sino dos cosas... dos cositas...

-¿Cositas?.

-Ajá.

-¿Cositas?

-Así es. Yo lo digo.

-¿Qué cositas?. -Peluca Rosada estaba muy excitado. Era hora de rematar.

-Enanos. Dos. Macho y hembra.

A Peluca casi le cayó baba por la boca. Sus hermanos en la sangre gritaron y se revolcaron de alegría. Uno de ellos se clavó por descuido su cuchillito de dos puntas en el brazo y los demás se le tiraron encima para chuparle la sangre.

Peluca tuvo que poner orden y recordarle a sus muchachos que, entre hermanos de pendeja, no es decente andar chupándose los fluidos, de ningún tipo que sea, salvo consentimiento del chupado. Si Boelio no hubiera estado todavía tan mareado, era la ocasión para salir corriendo.

Por fin terminó el alboroto y Peluca volvió a lo suyo.

-¿Dónde están esas ofrendas? -Preguntó, receloso.

-Yo los llevo.- Se ofreció Boelio, muy servicial.

A los Sangradores les encanta chupar la sangre y el alma de lo anormal. Buscan lo anormalmente hermoso o lo anormalmente feo. Boelio era una fealdad ciertamente notable, pero bastante común. Cuando Dios lo hizo, no estaba ni inspirado ni borracho. Digamos que, ese día, el Creador simplemente estaba desprolijo y cuando construyó a Boelio, no se preocupó por los detalles. Así que le salió una cosa funcional, pero como sin terminar.

Una pareja de enanos es otra cosa. Ahí Dios buscó dejar una señal. Dio algo en qué pensar al resto de sus hijos. Les mostró su poder para crear aquello que es distinto. Les regaló una pálida imagen de las múltiples formas que corretean, galopan, saltan o se arrastran por las infinitas dimensiones que constituyen el total de su Creación. Lo anormal es una bocanada, un soplo, una ráfaga del aire que se respira en otros Universos.

Así piensan los Sangradores.

Los Sangradores que piensan. O sea, los Jefes, como Peluca Rosada.

Los otros Sangradores se limitan a aullar, bailotear y sangrar ofrendas. Por lo demás, están muy ocupados tratando de controlar sus esfínteres, como para andar pensando.

Boelio, escoltado por dos ululantes Sangradores, condujo a Peluca Rosada y el resto de la tribu pendeja hasta la caseta de Bebeto y Rosalía. No se sentía particularmente inmoral por lo que estaba haciendo.

Bebeto y Rosalía eran de los pocos Salidores que iban quedando, aparte la Guardia Vecinal y la rutilante muchachada de las pendejas. Pero, ¿Qué iban a hacer?. Nadie paga por ver dos enanos por la pantalla. Cualquiera infeliz puede hacer un enano en pantalla. Un enano, un mono con ocho cabezas, una rana embarazada o lo que sea. Lo que la gente quería eran rarezas auténticas. Así que Bebeto y Rosalía mostraban su rareza a domicilio. Entonces iban y hacían su numerito. Se besaban, acariciaban y revolcaban a la vista de los dueños de casa.

Ese era el show standard, pero también podían hacer otras cosas, siempre que les pagaran. Una vez un excéntrico los contrató para que cenaran con él. Nada más que para eso. Solo comer y portarse cortésmente.

Los dos enanos conocieron a Boelio una nochecita de verano en la que volvían de una función domiciliaria. Boelio estaba patrullando, o sea que se había escondido cerca de la puerta de entrada de la



casa de la pareja. El Guardia los vio y quedó inmediatamente prendado por la rara belleza de estos monstruitos. A los enanos no les pasó igual, pero supieron evaluar la conveniencia de tener a un Guardia Vecinal de su lado. La Guardia no es gran cosa, ciertamente, pero es mejor tener un patético guardaespaldas que nada. Así que, todos felices, armaron un triángulo que hubiera funcionado bastante bien de no ser por la estúpida brutalidad de Boelio, quien insistía en violarlos noche y día. Esto puede estar bueno una, dos, tres veces, pero a la cuarta se torna un poco abusivo.

Bebeto y Rosalía aguantaron más que eso, pero el amor tiene un límite. Un buen día hicieron balance, constataron que la cuenta Boelio tenía mucho más en el debe que en el haber y entonces le impidieron la entrada al nidito de amor.

Boelio protestó y gracias a eso los enanitos rociaron con gas vergonzante.

Ahí quedó, tirado ante la puerta de entrada, todo pishado, cagado y vomitado, que ése y no otro es el efecto del gas vergonzante. Luego de eso y ya repuesto, el guardia juró venganza eterna a sus ex-amantes, pero a la semana de ese acontecimiento, casi había olvidado el suceso, tantos eran sus problemas inmediatos. Tampoco era tan persistente en sus convicciones como para ser un muchacho rencoroso.

Sin embargo, ahora era su oportunidad.

La jauría Sangradora, con su guía y Peluca Rosada al frente, llegó al hogar de Bebeto y Rosalía.

Los enanos vivían en el único departamento habitado y habitable de un antiguo monoblock. Había que subir diez ruinosos pisos por escalera para llegar hasta ellos y luego atravesar un macabro pasillo lleno de mugre. Los chicos de las distintas tribus pendejas solían ocupar el monoblock para hacer sus negocios, y ocasionalmente hostigaban a los enanos. Pero para Bebeto y Rosalía el lugar era bastante seguro, precisamente por ser inseguro.

El monoblock estaba tan lleno de lugares donde emboscar a algún enemigo y despedazarlo antes de que se diera cuenta, que los de las pendejas no gustaban de andar mucho por ahí. Hacer una expedición para reventar dos enanos no compensaba el riesgo de que los reventados fueran los expedicionarios.

Precisamente, eso es lo que pensaba Peluca Rosada, agazapado frente a las derruidas puertas del edificio.

- Vamos -animó Boelio- ...las ofrendas nos esperan.

PelUCA Rosada dudaba.

- Cositas chiquititas llenas de sangre -insistió el Guardia.

Finalmente, el grupo de aterrados Sangradores, acompañado por un igualmente aterrado Boelio, llegó al décimo piso.

¿Y ahora qué?

No era momento de tocar el timbre y decir "Hola niños, venimos a descuartizarlos".

Además, no había timbre.

No había electricidad.

No se veía nada.

Era la ocasión para tener un plan, era el día (o la noche, mejor dicho) para que alguien se revelara y mostrase al Universo todo, cuál era la razón por la que figuraba en el Plan Divino.

Como de costumbre, todos dejaron pasar la ocasión.

A lo bestia, tiraron abajo la puerta del departamento y entraron como tromba cayéndose unos sobre los otros.

Cuando terminaron de tropezarse y de caerse y de insultarse mutuamente, los invasores notaron la total ausencia de resistencia por parte de los invadidos.

A propósito, ¿Dónde estaban los invadidos?.

El departamento, con sus ventanas selladas definitivamente para evitar cualquier incursión, estaba a oscuras y en silencio. Uno de los sangradores había logrado mantener encendida su antorcha y eso permitía apreciar el diminuto mobiliario: una mesita, tres sillitas, etcetera, etceterita. Todo chiquito, todo acomodado a sus ocupantes.

Lo único desmesurado era el asqueroso olor, que habría hecho vomitar a gente más delicada que los presentes.

En el dormitorio, sobre la camita en la que Boelio había hecho equilibrio más de una vez, encontraron a la pareja. Estaban tendidos uno al lado del otro, bien muertitos y un tanto putrefactos, a

juzgar por el aspecto y la fragancia que inundaba todo el lugar.

Otra pareja de suicidas, la última moda de la temporada.

Es como que la gente se cansa de vivir y ahí se les ocurre matarse, a ver qué pasa. La semana pasada había sido el turno de la esposa del Intendente y su amante favorito (de la esposa y del Intendente).

Ahora que Boelio lo pensaba, esa era una buena explicación para la decisión del Intendente de mandar a la Guardia a masacrar pendejas. El tipo quería desquitarse por la pérdida. Al hijo de puta le gustaba actuar de esa manera. Así son los políticos...

Pero la imagen de los hediondos Bebeto y Rosalía trajo a Boelio a sus problemas inmediatos. El guardia acusó el impacto de la noticia y sus ojos se llenaron de lágrimas. Un pensamiento fatal estalló en su débil mente:

"Se acabaron las ofrendas."

Ahora lo iban a cortar en tiritas. Se lo iban a desayunar, almorzar, merendar y cenar.

Peluca Rosada, un alma sensible por sobre todas las cosas, rezó una plegaria:

-Almas deformes de cuerpos deformes, ya no más prisioneras son de la ahora corrupta carne.

Almas deformes de cuerpos deformes, ya navegan por el insano Universo...

Almas deformes de cuerpos deformes, ya se elevaron al encuentro con su Terrible Creador...

La tribu Sangradora aulló solemnemente, como para darle un marco adecuado a estas últimas palabras.

Peluca Rosada se enjugó unas lágrimas y, ya recompuesto, dirigió una mirada asesina en dirección de Boelio, quien fracasaba en intentar pasar desapercibido.

-Debemos dejar esta morada- entonó el jefe Sangrador- ya no hay nada para nosotros. Tenemos nuestra ofrenda... -y señaló a Boelio- es hora de disfrutarla.-

Tres Sangradores arrastraron al desventurado guardia. Seguidos por todos los demás, desandaron el camino. Boelio pensaba en todos sus queridos amigos de la Guardia Vecinal.

Ya en plena calle, Peluca Rosada no quiso perder más tiempo:

-¡Nooooo! -croó nuestro héroe, demasiado aterrado como para ser original.

Peluca lo ignoró y con su enjoyada manaza izquierda lo agarró del cuello.

-...go ...nda... oooooorr.

Peluca creyó entender algo en esos ruidos barbotados por Boelio y, fatalmente curioso, como toda chica, le volvió a soltar el cuello y lo volvió a mirar con inquisitivos ojos inyectados en sangre de mala calidad.

Boelio supo que era su última oportunidad (bueno, la última después de la anterior última, no sé

si se entiende) y, aclarándose la garganta, repitió sus palabras:

-Tengo una ofrenda mejor.

Adivinen lo que siguió.

Adivinaron.

Los Sangradores siempre, pero siempre, están buscando ofrendas mejores.

-¿Qué puede ser mejor que un Guardia Vecinal? -Quiso saber Peluca, esperando el consabido "cualquier cosa".

En cambio, Boelio sonrió malignamente y respondió:

-Muchos Guardias Vecinales.

A Peluca esta vez se le cayó la baba por la boca. Sus hermanos en la sangre gritaron y se revolcaron de alegría, como de costumbre. Ninguno de ellos se clavó por descuido su cuchillito de dos puntas en el brazo, así que nadie se tiró encima de nadie para chuparle la sangre. Igualmente, Peluca tuvo que poner orden y recordarle a sus muchachos que eran una tribu civilizada y apegada a normas de conducta ancestrales. Boelio no estaba mareado, pero no quiso salir corriendo.

Como suele ocurrir, por fin terminó el alboroto y Peluca volvió a lo suyo.

-¿Dónde están esas ofrendas? -Preguntó, receloso y medio olvidadizo, porque sabía donde quedaba la sede de la Guardia.

-Yo los llevo. -Se ofreció Boelio, muy servicial.

A los Sangradores les encanta chupar la sangre y el alma de lo anormal. Buscan lo anormalmente hermoso o lo anormalmente feo. Boelio, ya sabemos, era una fealdad ciertamente notable, pero bastante común. Cuando Dios lo hizo, no estaba ni inspirado ni borracho. Digamos que, ese día, el Creador simplemente estaba desprolijo y cuando construyó a Boelio, no se preocupó por los detalles. Así que le salió una cosa funcional, pero como sin terminar.

Un montón de Guardias Vecinales significa un montón de fealdades bastante comunes. Cuando Dios los hizo, no estaba ni inspirado ni borracho. Digamos que, ese día, el Creador simplemente estaba desprolijo y cuando los construyó, no se preocupó por los detalles. Así que le salió una cosa funcional, pero como sin terminar. Dios tiene muchos días así, tal vez porque se aburre de ser tan sabio y estar tan solo, o tal vez porque es un mocoso genial pero descuidado, o tal vez de puro vago e hijo de puta. ¿Quién puede saberlo?

¿Dónde esta la anormalidad en un montón de Guardias Vecinales? Precisamente, en el montón. Es el amontonamiento de fealdades bastante comunes lo que le da el carácter de repugnante y grotesca anormalidad por el que suspiran los Sangradores. Ahí Dios buscó dejar una señal. Dio algo en que pensar al resto de sus hijos. Les mostró su poder para crear aquello que es distinto. Les regaló una pálida imagen de las múltiples formas que corretean, galopan, saltan, se arrastran o vaya uno a saber qué otra cosa hacen

por las infinitas dimensiones que constituyen el total de su Creación. Lo anormal es una bocanada, un soplo, una ráfaga del aire que se respira en otros Universos.

Los pensamientos de los Sangradores son monotemáticos, mucho me temo, pero así piensan.

Los Sangradores que piensan. O sea, los Jefes, como Peluca Rosada.

Los otros Sangradores se limitan a aullar, bailotear y sangrar ofrendas. Por lo demás, (sí, voy a repetirlo porque suena lindo), están muy ocupados tratando de controlar sus esfínteres, como para andar pensando.

Boelio, escoltado por dos ululantes Sangradores, condujo a Peluca Rosada y el resto de la tribu hasta la sede de la Guardia Vecinal. Sabía como entrar.

Después, se podrían dar una vuelta por la casa del Intendente.

No se sentía particularmente inmoral por lo que estaba haciendo.

Además, siempre había querido probar un buen sorbo de sangre.



## MALABESTIAS

### CAPITULO I

(QUE TRATA DEL NUCLEO, MEOLLO, TEMA O ASUNTO DEL PRESENTE CUENTO)

#### 1

El chorro de sangre le bañó la cara.

-¡La puta madre que me parió!

La Turca y el Cholo se quedaron helados. Igual, tarde o temprano iban a terminar en esa condición, desnudos como estaban.

El Negro se trataba de limpiar a manotazos. La mezcla de sangre y grasa se desparramaba en forma desigual en ese rostro de por sí desagradable. Vestido, el Negro siempre parecía un payaso. Desnudo, con sus piernas combadas y retaconas y la panza desbordándose, resultaba patético.

-Augusto, ¿qué pasó?- Interrogó la Turca.

Augusto, conocido en todo el Dock Sud como El Negro o El Bolas de Humo, podría haberse limitado a mirar a la Turca con frío desdén ante una pregunta tan estúpida; pero ése no era su estilo.

-¿A vos que te parece?, ¡Pedazo de boluda!

La Turca se largó a llorar, el Cholo se largó a reír y ese fue el lamentable final del primer intento del Gran Ritual Iniciático del Triángulo Hermético.

-Disculpame, Cleopatra.

-No me vengas con Cleopatra. -Retrucó la Turca, enojada.

El Negro se quedó cortado, con un kilo de zanahorias a medio poner en la balanza. Estaban solos en la verdulería.

Un poco más fría, la Turca continuó:

-Sabés que solo me llamo Cleopatra en el Ritual.

-Sí... bueno... igual perdoname. Ayer estuve muy bestia... pero es que esa sangre de mierda me sacó de las casillas.

-...está bien...

La Turca se ablandaba. El Negro, animado, le puso las zanahorias en la bolsa y volvió a hacer gala de su locuacidad.

-¡Y después el otro se larga a reír!... ¡dejame de joder!.

-¿Y que querés que hiciera?, ¿qué me pishe encima?.

El Cholo, ayudante del Negro en la verdulería y en otros asuntos, volvía de entregar un pedido, justo a tiempo para ser el autor de esta fascinante reflexión.

Los tres se miraron, tal vez por no tener otra cosa que hacer. Permanecieron callados, digamos, diez segundos, y no pudieron resistir más.

-Habría que repetirlo.

-¿Te parece, Negro?.

-Seguro... ¿Vos qué decís, Cholo?.

- Por mí... pero por favor, cuando degollés al pollo, tratá de no volver a ponerte abajo... ¿eh?.

Esto indignó al Negro, quien se cruzó de brazos, enfurruñado cual un chico cogido en falta.

-Mi querido Marco Antonio, -terminó bufando, en un fracasado intento de que sus palabras sonaran como un sutil retruécano. -...mi querido Marco Antonio, -repitió, porque no se acordaba lo que quería decir. -...está vez no va a ser un pollo lo que voy a degollar.

3

Los preparativos del Ritual no podían esperar, según el Negro. Pero había que hacer las cosas bien. Por eso, decidió consultar uno de sus libros de cabecera, el “Argentum Tractatus Alquimicum”, oscuro texto que había conseguido en una librería de Plaza Lavalle, en versión traducida y condensada. Eran ciento veintiséis paginas llenas de palabras raras, dibujos raros e ideas aún más raras. El mayor mérito de la obra era que no la conocía nadie.

No haber terminado la primaria, nunca fue un obstáculo para el Negro, en eso de internarse en los vericuetos del gnosticismo, la alquimia, la teosofía, las religiones comparadas y otras menudencias.

“La Joya más Preciosa, que es la Piedra, es Preciosa por su esplendor pero no por su materialidad. Es más valiosa que el oro, es Prima Hermana de Sofía y es aún Sofía, pero se la encuentra, no en medio de la riqueza sino, más bien, entre los excrementos. El que quiera realizar la Obra con Amoroso Cuidado y Diligencia debe tener en

cuenta eso y la Obra será hecha con Gran Felicidad y Primor y el Adepto será inmensamente rico, más no de riqueza común; y será Amado, más no de amor común; y sentirá extremado Gozo, más no gozo común...”.

Párrafos del “Argentum Tractatus...” como este, deslumbraban al Negro. Sus dos discípulos, el Cholo y la Turca, tenían reacciones parecidas; solo que al primero lo impresionaba más la parte de la Riqueza, mientras que la segunda se encandilaba preferentemente por lo referido al Amor.

El Negro, más amplio, se inclinaba por el Gozo.

## CAPITULO II

(QUE REUNE ALGUNOS ACONTECIMIENTOS,  
PASADOS, LATERALES Y FUTUROS A LOS  
DEL  
CAPITULO ANTERIOR, CON EL FIN DE  
ENTRETENER AL LECTOR E INFORMARLE DE  
QUE CORNO  
SE TRATA ESTO.)

### 1

Desde su divorcio, (las viejas chusmas decían que el marido la molía a palos), la Turca se había mantenido a la expectativa. Nada de hombres.

Y cada vez estaba más expectante.

Ahora, mientras jugaba con las páginas de una revista, no dejaba de pensar: ¿La amaba el Negro?. ¿O solo la deseaba por esas carnes abundantes que más de un problema le habían traído?. ¿Veía él en ella a un ser con apetencias espirituales?. ¿Estaba bien aceptar la participación del Cholo?. ¿La oscura y enrulada cabellera del Negro escondía un cerebro perverso?. O, en todo caso, ¿escondía el cráneo que albergaba a un cerebro perverso?. O, mejor dicho, ¿escondía la piel que cubría el cráneo que albergaba a un cerebro perverso?. O, para ser más precisos, ¿Escondía la piel que cubría el cráneo que albergaba a un cerebro que contenía pensamientos perversos?. O... en definitiva, ¿El Negro era un buen tipo o un hijo de puta?.

2

En su piecita, el Cholo se masturbaba rítmicamente, profundamente ensimismado en la contemplación del suplemento económico del diario. Más precisamente, la página de la Bolsa. En su mente se formaba una imagen de exótica belleza: La pulposa silueta de la Turca con las cifras de la Bolsa tatuadas en todo el cuerpo.

3

“El Adepto, su Ayudante y su Soror Mystica han de permanecer desnudos como han sido paridos para ir al encuentro de la Piedra, desnudos con Desnudez de Inocencia y así han de compartir la Preciosa Sangre del Sacrificado y así han de conocerse en Sacrificial Penetración, hombre con hombre y hombre con mujer ha de ser, pero con Pureza y pensando en Él, pues sino la Piedra no se Dará.”

Con erudita habilidad, el Negro había concluido que esto quería decir que dos tipos y una mina se tenían que poner totalmente en bolas, matar algún animal, mancharse cada uno con un poco de la sangre del bicho y después hacer la porquería entre los tres. Como la idea de fornicar con el Cholo no le agradaba, había decretado que la frase “hombre con hombre” era un error de traducción y punto.

4

La cuestión de los Nombres Rituales fue todo un tema. El Negro había querido llamarse Basilides, al Cholo ponerle “Aprendiz”, (así, bien anónimo) y a la Turca la llamaría “Sofía”, todo esto sacado de un libro de alquimia.

Al Cholo le parecía que Negro, Cholo y Turca eran nombres rituales tan buenos como cualquiera. Lo dijo con absoluto convencimiento, y eso que no tenía la menor idea de qué carajo era un Nombre Ritual.

La Turca tampoco sabía, pero como hacía tiempo que había quedado prendada por Richard Burton y se imaginaba a sí misma como Elizabeth Taylor, le parecía que Marco Antonio para El Negro y Cleopatra para ella serían los nombres ideales. En cuanto al Cholo...y qué sé yo... Cesar... o Augusto.

El Negro dijo que esos nombres no tenían nada que ver con la alquimia o el esoterismo.

La Turca se aferró a su idea por romanticismo y manifestó que “sino, no cuentas conmigo”.

El traficante de zanahorias, flexible, aceptó, pero, como tenía sueños de grandeza, no quiso ser un simple Marco Antonio y se tituló Augusto. Al Cholo le quedó el papel de Richard Burton en esta nueva película, por puro descarte.

Alcanzada la solución de compromiso, todos estuvieron más o menos felices, sin saber porqué.

5

El Segundo Intento del Ritual Iniciático del Triángulo Hermético fracasó por culpa del Cholo, quien se abalanzó sobre la Turca como un asno en celo y sin previo aviso, provocando su airada reacción.

El Negro lamentó haber degollado al Fichu, su pobre gato, para cosa tan inútil.

6

-Viejo, todo esto es una pelotudez. Así no vamos a ningún lado. Esa mina es una frífida.

-¿Una qué?

-Una frífida. -Insistió el Cholo. -Una que se queda fría. Que no le pasa nada con los hombres.

-Ah. -El Negro tenía la impresión de que “frífida” no era la palabra correcta.

-Es así... así no conseguimos nada. Estamos boludeando... me parece que vos no entendés lo que leíste.

El Negro parecía no escuchar pero, de repente, los ojos se le abrieron como bolones, de esos que ya no se ven, y se quedó así un rato hasta que el Cholo se aburrió y le dijo:

-Che... ¿Qué té pasa?

-Tenés razón... recién ahora lo entiendo.

Su compañero, congénitamente carente de sutileza, no se percató del secreto sentido de esas vibrantes palabras.

En realidad, el Cholo ni lo escuchó, porque el Negro había hablado bajito.



7

La sierra había pertenecido a Don Pascual, el padre del Negro, y para estar a tono con su edad se encontraba desafilada y con el suficiente óxido como para tener ese aspecto de venerable decadencia, capaz de otorgarle dignidad y rango de objeto antiguo.

El cuchillo del Negro era grande, casi nuevo y estaba mellado de tanto partir zapallos calabaza.

8

-Para mí es un degenerado el coso ése.

-¿Le parece, Porota?

La pregunta de la Turca era meramente retórica. A Doña Porota, todos los hombres le parecían degenerados, menos su finado esposo. Era una gorda de cara verrugienta, permanentemente equipada con el mismo batón, las mismas chinelas, el mismo pañuelo sobre los mismos rulos y la misma provisión de ventosidades que discretamente, a su entender, dejaba escapar, de tanto en tanto, por arriba, por abajo o por los dos lados a la vez.

-Sí, nena. -La Turca ya andaba por los cuarenta pero para la Porota era una nena. -¿No viste la mirada que tiene?

-¿Qué mirada?

-Esa mirada de degenerado... el otro día, sin ir más lejos, la estaba atendiendo a la Rosita de acá a la

vuelta y yo estaba atrás y lo miraba... ¡no sabés la cara que le ponía a la Rosita!

-¿Qué cara?

-Y... cara de degenerado... la miraba fijo y le mostraba el choclo.

-¿¡Cómo!?. -La Turca estaba toda colorada.

-Sí, el choclo. -La vieja se estaba excitando. Su presión aumentaba y por ello entró en acción una de sus válvulas de seguridad, lanzando un flatito no muy ruidoso, como disparado de costado para amortiguar. -... el choclo...la Rosita le había pedido un poco de verdurita para la sopa y el tipo después de darle, agarró un choclo y le dijo “esto se lo doy de yapa”, y la miraba toda como con ganas.

-No sé que decirle, Doña Porota. Yo nunca lo noté. -Macaneó la Turca. Porque en realidad sí había prestado atención a esos ojos negros enmarcados por unas cejas negras que hacían juego con el rostro negro. Bueno, por algo le decían el Negro. Pero todo había quedado en la duda, en el mero fantaseo.

Fue recién a partir de esta aguda observación de Doña Porota, que la Turca se convirtió en una extremadamente asidua cliente de la verdulería.

9

La verdulería del Negro se erguía en mitad de una de esas cuadras tan pintorescas para ver desde el colectivo, cuando suponemos que jamás nos tocará vivir o siquiera caminar por allí.

Era una construcción de madera con techo y frente de chapa chillonamente pintarrajeada. A pesar, o gracias a eso, armonizaba perfectamente con los ladrillos a la vista de las covachas que la flanqueaban, los arbolitos raquíuticos de las veredas y la mugre esencial que lo cubría todo.

A tres casas del poco próspero negocio se veía la fuente de subsistencia de la Turca: una santería en cuya única vidriera fraternizaban las imágenes de Jesús, Ogún y San La Muerte. A dos cuadras de ahí se derrumbaba lentamente la pensión que hospedaba al Cholo.

El Negro había heredado la casa, de su padre, de profesión carnicero, y la pasión por el esoterismo de su madre, prostituta jubilada, quien, como muchas de su oficio, tenía fascinación por las cosas ocultas de cualquier tipo. Por eso, cuando se casó, se dedicó a observar las vergüenzas de los demás desde una perspectiva más metafísica, es decir que abandonó las fellatios y se ganó honradamente la vida como bruja y adivina.

En esa casa el Negro tenía su vivienda, su verdulería y, más importante que todo eso, a su parecer; tenía el refugio que necesitaba para sus experiencias místicas. O sea, para leer libros raros, prender velas y degollar pollos.

Al Negro le intrigaba esa mina que venía todos los días a comprar dos o tres pavadas, entre las cuales siempre, indefectiblemente, se contaba una.

-¿Ta buena, no?. -Preguntó el Cholo, por decir algo.

Claro que estaba buena. Buena de tetas. Buena de culo. Buena en general.

Tratábase de un animal generosamente pertrechado, de pelo largo y renegrido y jeta de potra con rasgos árabes. Por eso le decían la Turca, porque de apellido era Mussopappa. Estaba separada y tenía cara de abstinencia involuntaria.

-¿Qué carajo hará con tanto choclo?

-¿No té lo imaginás?

-Cholo, ¡Qué mente más podrida tenés!.

Mejor, andá hacer el reparto.

Cuando el Cholo se fue, el Negro se quedó acompañado por la duda:

“Y...¿lo envaselinará al Choclo?”.

## 11

El Tercer Intento del Gran Ritual Iniciático del Triángulo Hermético principió cuando el divino Augusto adormeció de un sifonazo al pobre Marco Antonio ante la mirada atónita de la hermosa Cleopatra.

Luego, como en sus peores épocas, cuando todavía se llamaba Octavio, el malvado Emperador-verdulero colgó cabeza abajo al Cholo, de un gancho

sujeto al techo del galponcito que oficiaba de sancta sanctorum.

-“Y así han de conocerse en Sacrificial penetración...” – Recitó el Negro y, acto seguido, hundió el cuchillo cortacalabazas en el poco aseado cogote del Cholo. Esta vez, el chorro de sangre rebotó en el piso.

Cleopatra, desnuda y con la boca abierta parecía como que miraba, pero no se puede estar seguro. Cuando el Negro la tiró al ensangrentado piso y procedió a empalarla con gesto enérgico, parecía como que gozaba, pero tampoco se puede estar seguro.

-“Hombre con mujer...” – La voz apenas le salía al verdulero, demasiado ocupado en mantener la erección de su inestable miembro viril, por llamarlo de algún modo. Tuvo que esperar un poco para continuar.

-“...y así han de compartir la preciosa sangre del sacrificado...”

Dicen que lo importante es que la gente se quiera.

Lo cierto es que esta parejita siguió revolcándose por un buen rato bajo la sangrante garganta del Cholo, quien poquito a poco se iba muriendo.

Tras varios orgasmos más o menos exitosos, los amantes colapsaron, es decir que se quedaron medio dormidos.

Más que un Ritual Místico Iniciático había salido una cosa medio depravada, decididamente antihigiénica y no obstante, entretenida.

Pero de la Piedra, ni noticia.

12

Hubo que trozarlo a pura sierra al Marco Antonio.

Terminó desarmado en cuarenta y siete piezas de un kilo y medio de peso cada una, que fueron a parar a exactamente el mismo número de macetas y macetones; propiedad del Negro y de la Turca. Los malvones no estuvieron agradecidos. La planta de albahaca se secó. También, se dice que el ají putaparió dio frutos más picantes de lo habitual, pero son habladurías de viejos de intestino débil.

CAPITULO III  
(QUE VENDRIA A SER EL BROCHE DE ORO,  
FIN DE FIESTA, MANTO DE PIEDAD O  
CONCLUSION  
DEL PRESENTE CUENTO)

1

Al parecer, el “Argentum Tractatus Alquimicum” era un camino equivocado, o se quedaba a mitad de camino, o era un camino excesivamente dificultoso, o...¡Má sí!. La cuestión era que ni destripando ayudantes se conseguía algo concreto.

Bueno, el revolcón con la Turca fue algo bastante concreto, pero no era el objetivo.

Así las cosas, el Negro se puso a reflexionar sobre si debía continuar o no con el Triángulo Hermético.

Toda una noche permaneció sumido en la más espantosa incertidumbre. Su rostro se veía desecado, brillante de transpiración. Sus manos estrujaban el ensortijado cabello. Al amanecer, la tensión de sus posiciones en conflicto estaba a punto de derrumbarlo.

Cuando todo parecía conducir al hundimiento psicofico... el Negro se acordó que para un Triángulo de cualquier tipo hacen falta tres y... ahora quedaban dos, así que... no eran más tres, entonces... entonces no se puede hacer lo del Triángulo, así que... vamo abrir la verdulería que se hace tarde y...¡Uhh!, ¿¡qué

carajo iba a vender si no había ido al Mercado Central a traer nada!?.

Esa vez, el Negro aprendió cual era el Precio de la Sabiduría.

2

-¡Aiaah!

-Aguenta, Tur...Cleopatra.

-¡Aiaaaa!, ¡me dueleee!

-Vamos, que te pinche un poco puede ser.

Pero que te duela...

Las velas negras parecían dar más calor que las comunes.

Eran cinco y se derretían sobre una mesa ratona que oficiaba de altar. Rodeaban a una estatuita de Satanás, disfrazado de macho cabrío.

La Turca se sentía incomoda, echada en el suelo, boca arriba y en cueros. A su lado, rompiéndose las rodillas contra las baldosas, estaba el Negro; también todo desnudito y completamente absorto en la dura tarea de pintar, con la ayuda de un plumín y tinta china roja, el estómago de la mujer. Había dibujado una estrella de cinco puntas e intentaba en vano trazar un signo cabalístico en el ombligo femenino.

La Turca pensaba que no tendría que haber contribuido ni con las velas, ni con la estatua, ni con los sahumeros, ni con el cuerpo. Lo que más la angustiaba era cómo se iba a quitar la tinta de encima.

De pronto, el Negro aulló:



-¡YO TE INVOCO, AMO DEL MUNDO!...  
¡NIAAAAH GAAAAHHHH...!

Y no pasó nada.

El Oficiante se quedó un rato a la expectativa. Después le empezó a picar la nariz por el humo del incienso y por último, estornudó salpicando la rojiza estrella. La Turca estaba a punto de protestar, cuando fue interrumpida por una estridente risotada.

-¡Siempre el mismo bestia, vo! –dijo el Cholo, una vez terminó de carcajear.

Lo contemplaron espantados. Para estar muerto y destazado, se lo veía bien.

Estaba un poco más gordo.

-¿Qué tal, che? –Continuó.

El Negro y la Turca se lo habrían quedado mirando un largo rato, pero parece que el finado no tenía tiempo, porque dijo:

-¿Y?...¿qué pasa? ¿Para qué llamaron?  
¿Quieren un autógrafo o qué?

- Pero... –replicó el Negro. –Yo quería... yo llamé al Amo del Mundo, a Sata...

-¿Y vos te pensás que el Jefe va a venir en persona a ver a un perejil como vos?... no, querido. El Hombre solo se molesta por gente de categoría. Conformate con que me mandó a mí.

-Esteee, ¿y por qué a vos?

-Idoneidad en el cargo... conocimiento del terreno, que le dicen.

Evidentemente, en el Infierno debía funcionar una escuela nocturna, o algo así, porque el Cholo lucía un vocabulario más amplio que el habitual.

-Me veo obligado a insistir. -El tono del enviado del Capanga de los Malos se hizo bruscamente amenazador. -¿Para qué llamaron?

El Negro se atragantó con sus amígdalas antes de poder contestar. Por fin, dijo:

- Queremos algo.

- Bueno... -Intervino la Turca. -...querer, lo que se dice querer... yo no quería nada... a mí no me gusta molestar...

-¡Callate!... - Retrucó el Divino Augusto, y ya empezaba la discusión.

-¡Basta! -Atronó, imperativo, el Cholo. -  
¿Qué quieren?!

-Y...queremos...la Piedra...

La Aparición se mostró desalentada.

-Ah, era eso.

-Y sí, Cholo, vos sabes...

- ¿Y por qué se lo piden al Jefe?

-Bueno...¿no es el Amo del Mundo, el Señor de la Oscuridad, el Príncipe del Mal?

-Ajá, ¿y?

-¿...?

Como la cosa iba para largo, el Cholo se sentó en el suelo.

-Vamos a ver...¿para qué quieren la Piedra?

-“Y el Adepto será inmensamente rico, más no de riqueza común; y será Amado, más no de amor común; y sentirá extremado Gozo, más no gozo común...”. -Recitó el Negro.

-Muy bonito. Ahora, hablando en serio y por última vez les pregunto y les advierto que, como

vengo del Infierno y por ende soy un Ser Maligno, debo encolerizarme terriblemente si no me contestan bien... ¿para qué quieren la Piedra?

Diez minutos después:

-Dale Negro... contestá. –Rogó la Turca.

Quince minutos más tarde:

-Mi paciencia tiene un límite. –Soltó el Empleado del Enemigo.

Fue entonces cuando el hijo de Don Pascual, el carnicero, se puso a llorar. El aparatoso desparramo de sus gordas lágrimas, aderezado con el buuubuuuu ujuuuu ujjuuuububuuuuuuuu que vomitaba espasmódicamente, causó un hondo sentimiento entre los presentes. Concretamente, la Turca sintió miedo y el Cholo sintió que, aunque por su condición tenía toda la Eternidad por delante, igual estaba perdiendo tiempo.

Recién otros diez minutos después, el Negro hizo gala de autocontrol. Mientras tanto, la Turca se había puesto frenética y el Cholo estaba medio dormido.

-¿Y, Negro? – Dijo la ansiosa dama.

-Bueno, la verdad... – empezó éste. El Cholo se despabiló.

-La verdad... ¿qué?

-La verdad es... que no sé.

El ex Marco Antonio explotó.

-¡¡¿Cómo que no sabés??!! –Gritaba. -

¡¡¿Cómo que no sabés??!!... ¡¿Y vos?!

-Ah, yo tampoco. –Se apresuró a contestar la Turca.

-Ah, tampoco sabe... o sea que me degollaron, me cortaron en pedazos, me pusieron a fertilizar malvones y como si fuera poco me hicieron volver desde allá...

-Perdón, nosotros no queríamos llamarte a vos. –Interrumpió el Negro.

-¡Silencio!... y como si fuera poco me hicieron volver desde allá y no tienen la más puta idea de para qué carajo quieren la Piedra.

-Bueno, idea, lo que se dice una idea concreta no, pero... –Dijo el Negro.

-¿Pero qué?

-Pero eso del Gozo, la Riqueza y el Amor, que sé yo... sonaba lindo.

-¡Basta! –El Cholo siguió gritando y lamentándose hasta que, más que un Angel de la Muerte, parecía una vieja histérica.

Hubiera seguido un rato más, de no ser que el Negro, por fin, se acordó de una interesante cuestión:

-Perdón, pero acabo de acordarme de una interesante cuestión... – (Sí, sí, ya sabemos) –Hizo una pausa dramática y luego apuntó con el salchichoso dedo índice de su mano derecha al Cholo y le dijo:

-Vos...

-¿Yo?

-Sí, vos, vos...

-¿Yo qué?

-Vos... eeehh... ah sí. Digo que vos también estuviste con nosotros buscando la Piedra.

Ante esto, el Cholo mostró que incluso los Enviados Satánicos pueden palidecer.

Envalentonado, el Negro siguió:

-¿Para qué querías vos, eh, vos, a la Piedra, eh, eh?... dale, contestá, ¿eehh?...

-¿...?

Fue una larga noche.

Jorge Oscar Rossi

## PASEO NOCTURNO

El ruido de los botellazos preludiaba una desgracia o una oportunidad; o las dos cosas.

Me asomé al callejón y los vi:

Viejos, sucios y rotosos.

Estaban más para un basurero que para otra cosa. Sin duda llevaban consigo a todas las pulgas de la Creación.

Sin embargo, se los veía entusiasmados y activos en la tarea de hacerse pedazos.

Al lado de los desastrados guerreros, descansaba un carrito lleno de latas, probable botín de guerra. La miserable lucecita que colgaba a través de la calle le arrancaba algún fulgor maltrecho a las latas del carrito y a los pedazos de vidrio.

Era difícil aventurar un ganador. Uno de los viejos tenía la cara ensangrentada pero parecía más fuerte que el otro, quien además se destacaba por lo manco.

Cara Sangrienta parecía ser el dueño del carro. Tenía un aspecto más empresarial que Mano Ausente. La gorra de los Chicago Bulls, un tanto aplastada por la refriega, le daba cierto aire de aventurero emprendedor, de “entrepreneur”, como se dice ahora. Era como la imagen de un capitalista incipiente y salvaje, con su carro y con su gorra.

El otro, en cambio, daba más el tipo del marginal. Un marginal más marginal que el propio Cara Sangrante. El brazo de menos ya lo ponía al

margen. Además, ni siquiera tenía gorra. Que se entienda: no solo no tenía una gorra de los Chicago Bulls, o de los Lakers, o de los Utah Jazz o de cualquier otro producto del marketing basquetbolístico. No, no era solo eso. Ni siquiera tenía una gorra de Ford, o de Racing o de Menem '99. No tenía ninguna gorra. No era un ciruja a la moda. Mano Ausente se cubría la testa con un trapo roto, negro o tal vez gris oscuro. Era un croto con una absoluta falta de ambiciones, un vulgar salvaje, un ladrón de material reciclable. Además, le faltaba un brazo. Lo cual, como se sabe, resulta totalmente asimétrico y poco diet.

¿A quien ayudar?. Había que analizar detenidamente cuál de los dos era más prójimo mío, o si no lo eran los dos, o si alguno de ellos podía merecer ese título.

Soy un hombre de mi tiempo y de mi sociedad, así que estoy más cerca de la libre empresa, por primitiva que sea, que de la horda primordial. Lo cual me lleva a Cara Sangrante.

Pero también me siento un marginal y un salvaje contestatario, porque a veces quiero golpear y destrozar y matar y porque paseo de noche por barrios desolados y malditos; cuando todos sabemos que la buena y prudente gente no debe hacer tal cosa, por más sola y desesperada que se sienta.

Así que, ¿a quién ayudar?. Era una buena pregunta. Pero no excluía otras, por lo que se trataba de una pregunta generosa. Por ejemplo, ¿Había que ayudar a alguno?. Era un tema que debía ser resuelto



con cierta urgencia, porque la botella que Mano Ausente enarbolaba con su solitario miembro superior estaba bastante filosa, de puro llena de ángulos extraños y cortantes que había quedado, mera consecuencia de tanto machacar en forma poco considerada al oponente.

El oponente, justamente, se hallaba despatarrado en el suelo y no pedía clemencia porque era un valiente, o un obcecado, o porque no le salían las palabras.

Por lo tanto, si había que ayudar a alguien, ese debía ser Cara Sangrante, (Cara Muy Sangrante, en realidad), porque era el que estaba en desventaja. Y debemos ayudar al débil, dicen en la Iglesia. Debemos hacerlo por eso. No, no porque lo diga la Iglesia, sino porque son débiles.

Aunque también hay que hacerlo porque lo dice la Iglesia.

Por supuesto que lo anterior solo es válido, siempre y cuando “realmente” debamos ayudar a alguien en un caso como este. Si no hay que hacerlo, lo mejor es no ayudar a nadie y así cumplir con el deber, como un buen ciudadano.

Por otra parte, si el caso es que sí, o sea que hay que ayudar a alguno en una situación como ésta, pero uno puede elegir a quien ayuda, yo me siento inclinado a ayudar a Mano Ausente, porque así ventilo un poco mi costado salvaje y contestatario y castigo simbólicamente a la libre empresa que esta destruyendo, con su insensibilidad, a mi hermoso mundo. De modo tal que, destrozando a Cara muy

Sangrante, destrozamos al capitalismo incipiente, para que no se desarrolle y nos domine y termine aplastando a la gente y despojándola de su innata capacidad de dar y recibir amor.

El Amor, que cosa linda.

Además, uniéndome a Mano Ausente, me hago socio del más fuerte y ambos nos hacemos todavía más fuertes y nuestras posibilidades de ganarle a Cara Muy Sangrante, porque si somos socios entonces serían “nuestras” posibilidades, nuestras posibilidades, repito, serían mucho más grandes.

Lo bueno de ser libre es poder elegir.

Y, así eligiendo, ya estoy pateando, muy alegre y distendido, la Muy Sangrienta Cara. Y cuando, a los gritos, le digo a Mano Ausente que no quiero ni el carrito, ni las latas, ni ninguna otra cosa más que patear y golpear y ganarle a alguien una vez en la vida; entonces su inmenso regocijo se une al mío.

Feliz y plácido me siento, luego de la petit massacre.

Qué se le va a hacer, mi formación clásica me impide evitar los afrancesamientos anacrónicos. Así que digo petit massacre y no pequeña massacre, que sería lo correcto. Es algo que debiera de corregir, pero ya se sabe que nadie es perfecto, y yo no soy nadie, así que debo ser imperfecto.

Nadie y yo hacemos un dúo perfecto en la húmeda imperfección de esta calle.

Ignoro como se sentirá Nadie, pero yo estoy feliz. Patear una cabeza lo descarga a uno.

Camino tranquilo por el centro de la calle. Siempre me alejo de las veredas en estos lugares malditos. Los demonios corren por las veredas, encarnados en ladrones, asesinos y violadores. Estaba pensando que la calle me da paz, cuando la moto se me viene encima y me manda volando contra el cordón.

Entre la neblina gris los veo bajarse. Parecen un lindo y angelical chico y una linda y angelical chica. Los demonios son solo ángeles enfermos. Ahora la neblina es rojiza y pegajosa. El Angel-chico se me acerca y me levanta, sin permitir que confunda ese gesto con una cortesía. Tiemblo y lloro del dolor que me produce el estar colgado por los pelos. La mano que los sostiene se agita. El Angel-chico me sonrío, feliz por su poder y por mi angustia. El Angel-chica se ríe también. Es muy bonito este ser. Tiene hermosas tetas, este Angel.

Me duele la frente.

El pequeño Demonio Hombre me suelta y me quedo paradito y tambaleante como un pobre tipo cobarde. La Demonio se acerca a su compañero y ambos me miran. Recién entonces veo sus tatuajes y sus aros y los metales que llevan prendidos en la nariz, las cejas y los labios. Aman los metales, infiero. Aman perforarse y causarse dolor. Aman la dureza helada del metal afilado, cortándoles la carne y hundiéndoseles con indiferente crueldad. Como buenos demonios, aman sufrir y llevan consigo los

instrumentos de su sufrimiento, para no olvidar nunca su amor y la devoción que le deben a su Negro Señor.

Debo darles Amor.

El Angel-chico me está diciendo algo acerca del dinero que llevo encima. No me confundirán sus palabras. Le hundo la hoja de mi metal en el ombligo y serrucho hacia abajo y revuelvo sus entrañas para que pueda sentirse cómodo mi cuchillo dentro de ese cuerpo infernal. El demonio chilla como un cerdo y su pareja escapa hacia la moto. No permito la huida. No permito que el mal pretenda sobrevivir. Antes que pueda poner en marcha su aparato le clavo mi fierro en la espalda una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho y nueve y no sé cuántas más veces, hasta que me canso y entonces la dejo y me voy a sentar al cordón de la vereda y respiro agitado, hasta que me calmo y entonces limpio el cuchillo y mi mano y mi frente con un pañuelo. Después me ato el pañuelo a la frente. Mi sangre es sagrada y escasa y no quiero que me abandone. No deseo lo mismo acerca de mi dolor.

Me levanto y me voy porque y solo porque debo seguir mi paseo por los barrios malditos.

Solo puse a dormir a los Angeles demonios porque, ¿qué mortal puede matarlos?.

Cuando me hago preguntas como ésta, suelo poner en duda las virtudes de mi educación clásica.

Ahora que lo pienso, es como que de repente me hubiera puesto un poco místico.

Es uno de los efectos que causan los barrios malditos.

Duele menos, la frente. Ahora camino por la vereda y, justamente, por la vereda infame.

Lo veo saliendo y, de vuelta la mística, le doy gracias a Dios.

El viejo me mira y se apura a cerrar la puerta del negocio y se queda afuera, indeciso. Me vio, pero lo que vio fue a un tipo sucio con un pañuelo ensangrentado en la cabeza. A perdedores como estos suele arreglarlos con unos pesos, para que no molesten. A perdedores como yo los trata de otra manera. Su corazón de usurero lo dejó parado en esa vereda maldita del barrio infernal. No quiere meterse en la oficina para que el tipo con cara de loco y frente ensangrentada de bandido fracasado no se le meta por detrás. No va hacía el auto por lo mismo. Prefiere morir a enterarse que fue robado. También, puede ser que se salve con tirarle unos mangos a ese piojoso. Será porque piensa eso, que al viejo se le forma una sonrisa mezquina.

Me acerco un poco y ahí me reconoce.

Su corazón de usurero no le sirve. Se lo arranco con el cuchillo y las manos.

Todavía palpita cuando estrello contra la vidriera de la oficina a esa masa de carne con sangre que alguna vez sostuvo la vida de un infame.

Solo había venido a pasear por los barrios malditos. Solo quise contemplar el lugar donde se inició mi caída. El cuchillo esta ahí, entre mis ropas. Siempre va conmigo. Siempre voy por la noche, porque no puedo dormir, solo soñar. Solo soñar con ángeles y demonios vestidos como hombres. Solo

soñar con criaturas de la Oscuridad que te sorben la sangre y te sonríen y te tratan de vos y te dicen que no te preocupes, que firmes ahí, que no hay ningún problema, que todo se va a arreglar, que no vas a perder tu casa, que es solo una formalidad, que entienden tus problemas, que comprenden tu desesperación, pero que tenés que pagar, que tenés que ponerte con la plata porque vos firmaste, así que no te hagas el vivo, que te voy a dejar en la calle si no pagás el capital y los intereses, que me importa un carajo que tu mujer esté enferma, que vos no tengás laburo y que tu pibe se haga pis en la cama de lo mal que está, que tenés que pagar o pagar y si no podés, jodete, ¡que tanto!

Está amaneciendo. Mi sangre y su sangre me estampan la camisa y el pantalón. Me siento aliviado y soy feliz porque Dios fue bueno conmigo esta vez.

Es hora de regresar.

## Índice

<b>Defensa Propia...</b>	<b>5</b>
<b>El cuarto cliente...</b>	<b>9</b>
<b>El maravilloso mundo de Obdulio...</b>	<b>15</b>
<b>Elena está...</b>	<b>31</b>
<b>Inocencia adquirida...</b>	<b>49</b>
<b>Insólita humedad...</b>	<b>55</b>
<b>La mejor ofrenda...</b>	<b>73</b>
<b>Malabestias...</b>	<b>89</b>
<b>Paseo nocturno...</b>	<b>111</b>
<b>Índice...</b>	<b>119</b>